RESONANCIAS EFIMERAS

ERNESTO ~ HIGUERA

7297
45
4
926

6-30-74

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7297
.H5
R4
1926

"Al Sr. Director de "El Fiempo" con la simpatía intelectual de
El autor
Lima, Perú
Agosto de 1926.

RESONANCIAS EFIMERAS

PQ7297
.H5
R4
1926

tm
c

ERNESTO HIGUERA

Resonancias Efímeras

Editorial NETZAHUALCOYOTL
Plaza de Miravalle, 13
MEXICO, D. F.
1926

ES PROPIEDAD

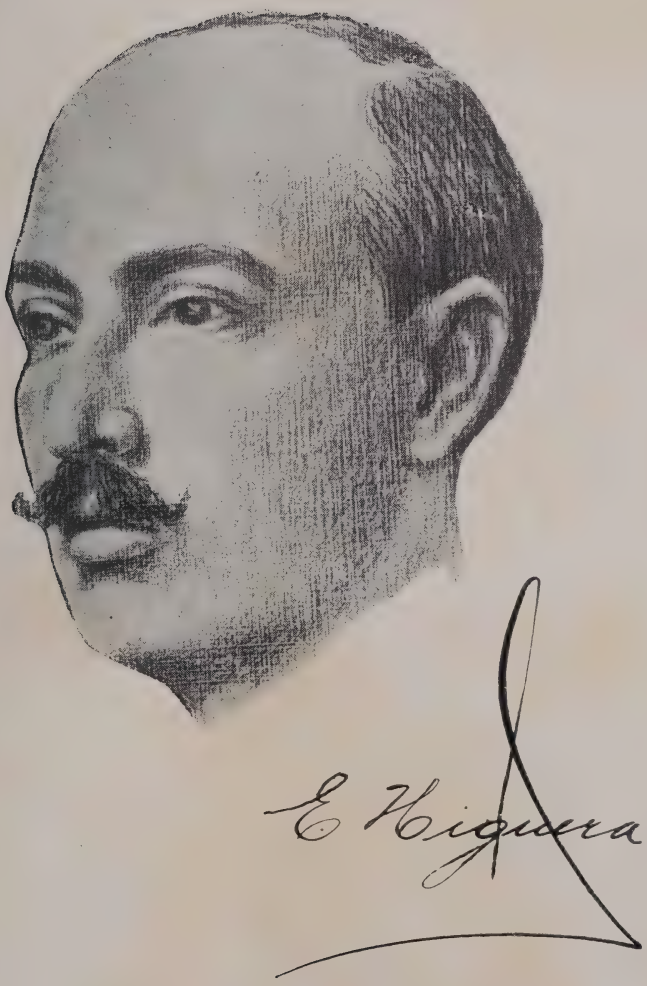
OFRENDA

A la memoria de mis padres Abundio Higuera y Gumersinda Pineda de Higuera

Ya que no me ha sido dado tener un hijo, que este libro sea como las vestales de los tiempos heroicos, que no deje que se extinga nunca la llama del recuerdo en el corazón de los vuestros; de los que pugnamos por sostener impoluto el nombre que nos legasteis.

Este hijo desmedrado de mi entendimiento llevará siempre el perfume de mi cariño y la humedad de mis lágrimas sobre el montón de tierra de vuestras tumbas queridas.

E. HIGUERA.


E Higuera

PROEMIO

En nuestra raza abundan los ejemplos de varones que esclarecieron su vida al par en las funciones marciales y en su trato con las musas. Un siglo mereció el título «de oro» porque llenáronlo las milagrosas voces de bardos que no tuvieron parangón en el universo; y entre esos hijos de Apolo no pocos ciñeron los arreos militares y participaron en inmortales empresas guerreras.

Aun se escuchan en nuestra literatura las trompas de la epopeya de Ercilla y se oye el clarín de Boscán, de Garcilaso y Gutierre de Cetina, entre el chocar de los estoques, levantar el hilo diamantino de sus madrigales.

No hay para qué entrar aquí en el campo de la Historia, a espigar reminiscencias de mílites que han sabido manejar, con igual destreza, la combativa espada y la péñola del romancero o del novelador.

Desde los tiempos heroicos, el ejercicio de las armas y el de las letras han ido hermanados, de tal guisa, que el propio Manco de Lepanto, al describir las excelencias de uno y otro, inclinóse por las proezas bélicas más por halagar a los nobles señores que le favorecían que por íntima convicción de que decía la verdad.

* * *

El autor de este libro, calza hogaño la espuela de los húsares. Hombre a quien tocó asistir al resurgimiento de las aletargadas energías del pueblo, puso generosamente su juventud al servicio del ideal democrático. Y su propio ideal, semejante a una límpida gema, fue extraído del cenagal de las pasiones desbordadas, con las aguas más puras y más resplandecientes. Otros, menos escrupulosos y honorables, dejaron en las charcas fétidas, la pedrería de la honradez y del civismo, para convertirse en bisuteros del patriotismo.

Ernesto Higuera, quizá un poco desencantado, se reconcentró en sí mismo y volvió los ojos a los libros, en los que, según él mismo dice, «se acumula toda la herencia sacra de los siglos».

Y cultivando su huerto silenciosamente, con el amor que sólo tienen los espíritus en que la sombra de la melancolía empieza a colgar sus crespones de ensueño, Higuera ha visto

florecer sus rosaledas en una primavera triunfal.

Poeta en el fondo, impregna sus escritos de un sentimentalismo discreto, sin esas acarameladas explosiones lacrimosas que forman el obligado marco de las prosas llamadas «poéticas».

Pero, entre otros méritos, sobresale en Higuera el sentimiento de la justicia. El, que peleó por ella en los campos de batalla, sigue practicándola en sus trabajos literarios. Porque es obrar en justicia el rendir un homenaje a hombres ilustres que yacen en el olvido, como el célebre don Juan Bautista Morales; y es justicia a secas proclamar la gloria inmarcesible de Díaz Mirón, hoy que los pseudo–iconoclastas de la belleza eterna, intentan amortajarlo en vida; es justicia también, recordar a las generaciones presentes que Ruelas, como Rops y como Durero, supo plasmar en magistrales «aguas fuertes» la visión de un mundo macabro en que el Espanto y la Belleza van de la mano, en un sublime acoplamiento.

Además, ese sentimiento de justicia inmanente, palpita en sus cuentos. Páginas de la vida real, todos ellos sangran como corazones estrujados por una férrea manaza. Son gritos de irredentos, clamores de víctimas ignoradas, gemidos de anónimos héroes que cayeron en un sacrificio sin recompensas. Higuera ha recogido piadosamente esas imprecaciones sin nombre, esas angustiadas querellas, esas quejas

sin eco, para hacerlas vibrar en un solo clamor que impetra justicia.

Por eso, cuando deslumbrado por los héroes epónimos, asiste a su cabalgata fulgurante a través de los siglos, su acento es un inspirado apóstrofe. Entonces, su prosa máscula, se levanta airosa como una guirnalda hasta tocar la frente radiante de los próceres de la libertad.

Creo, sinceramente, que pocas veces se ha usado de un lenguaje tan alto, tan rotundo y tan sincero para loar a los adalides de nuestros fastos patrios como en el artículo «Los Héroes», el que por su recia contextura parece haber salido de los telares oratorios de «El Nigromante».

* * *

Pero basta ya de tantas digresiones. En Higuera hay un prosista, un cultor del vocablo que dentro de poco tiempo será un exquisito artífice. Y así como los mílites de antaño vanagloriábanse de hundir la mano en las historiadas cazoletas de sus tizonas, a él le será dable enorgullecerse de blandir «la alta espada del canto», en cuya empuñadura podrá haber grabado, como Cellini, los símbolos de su existencia: arte, justicia y amor.

José de J. Núñez y Domínguez.

TRIPTICO

CUMBRE

Para Ernesto Higuera, admirándolo

Caballero de armada investidura
que el acero declinas por el arte,
y te alejas, olímpico, de Marte
cuando vuela tu numen a la altura.

¿Qué misterio genial te transfigura?
¿Es acaso el ensueño al fascinarte
quien desarma, gentil, a un Bonaparte,
Caballero de armada investidura?

No es tan sólo el ensueño misterioso...
Es tu estrella radiosa y gigantea
la que inspira el hechizo luminoso;

porque el astro que guía tu locura
es el faro que llevas en la idea,
Caballero de armada investidura.

PABLO AMORES QUINTANA.

México, noviembre 16 de 1925.

A ERNESTO HIGUERA

Escribir para tu obra sería gran locura;
yo no debo a tu almíbar mezclar gotas de hiel;
ante el pálido mármol de tan regia escultura
se destruye el martillo y se quiebra el cincel!

Sólo quiero en tu libro, que es panal de dulzura,
donde van las abejas a libar rica miel,
engarzar estos versos, como engarza Natura
una estrella en el raso de plateado joyel...!

Al gustar los manjares de tus frases sabrosas,
y aspirar el perfume de tus cálidas prosas,
yo quisiera en las linfas de tus aguas beber,

para hacer un soneto harmonioso y sublime,
como el aura que llora, como el viento que gime,
donde fuera a cantarte mi laúd de mujer...!

JULIA MARTA.

SONETO

Ernesto Higuera, hermano: en el breviario de
tu espíritu burilo mi nota marginal:
—lis de polvo de estrellas—mariposa que fue
y será, la sedosa y perenne señal.

Yo que bebí en las aguas lustrales de tus sueños
líricos, que absorbieron toda mi admiración,
dejo aquí este poema—escuadrones pequeños
de letras—que tu nombre dirá con devoción.

Porque me hiciste palpitar con tus dolores;
porque me adormecieron tus bosques interiores
y me llevaste de la mano por tu Edén:

ya le pido al Dios bueno una poca de fuerza
para que este mi espíritu, que abate suerte adversa,
pueda loar tus sueños eternamente. Amén.

HONORATO BARRERA.

Chapala, Jal., 1925.

VUELO DE CAMPANAS

ELOGIO DEL LIBRO

Fragmentos de una alocución pronunciada con motivo de la inauguración de una biblioteca

En los libros redentores encontramos la arcilla para formar hombres útiles que desarrollen generosas ideas y que alienten nobles impulsos y proyectos desmesurados. De ellos brotan, como una floración milagrosa de rosales de mayo, las hermanas de la caridad y las maestras de escuela; las que mecen las cunas; las que enjugan las lágrimas; las que restañan la sangre de las heridas causadas por el hierro en la pelea. Todo lo que es elevación sublime; todo lo que es amor y caridad; todo lo que lleva gérmenes de renovación y de vida, ha surgido de esos volúmenes que se alínean en los estantes como soldados invencibles e infatigables que han venido sosteniendo una lucha sin tregua, a través de los siglos, con los monstruos odiosos de la ignorancia y de la tiranía. Yo sé que en esta biblioteca no hay más que autores que fortifican la voluntad, elevan el carácter, ensanchan la visión de la vida y de la muerte y que abonan y amamantan «esa partícula de

infinito» que es el amor humano. Yo sé que aquí está el obispo Bienvenida, que, con sus manos temblorosas de santidad, forma una aureola divina a la frente hermosa y triste de Hugo; sé que aquí se agitan las aspas batientes del molino de viento que humillaron la sublime arrogancia del cenceño manchego; sé que aquí canta Homero sus rapsodias inmortales, entre el bote de las lanzas y el chocar de las lorigas, y entre las libaciones de vino y el descuartizamiento de mugientes vitelas; sé que aquí está Prometeo, el rebelde de gesta, el prístino anatematizador; sé que aquí está Electra, celebrando la venganza de Orestes; y Medea, la terrible maga que marcó el rumbo a Jasón; y Píndaro, glosando en sus odas los triunfos de los ágiles atletas; y Platón, con el ritmo de sus Diálogos, profundos y sonoros, como los mares azules que supieron de las épicas victorias de Temístocles; y Shakespeare, el padre de Julieta, el inmenso poeta de las brujas, el bufón genial, el troglodita sublime, el gongorino, el plagiario que dijo la crítica estéril y envidiosa; Shakespeare «el puerco», el calumniado, que creó sin cansarse nunca tipos eternos ya se llamen: Desdémona, Ofelia, Porcia, Isabela, Hermione, Perdita, Rosalina, Cleopatra, aquí está también, insuperable y único en su grandeza, tiránico y absoluto en su gloria; y aquí está Dante, el magro, el pálido, el inquietante encapuchado, de la boca amarga y de los ojos tristes, el poeta teologal, flagelante y enigmático, desorbitado y tétrico: todo el cielo y toda la tierra; el bien y el mal; la

alegría y el espanto... Sí, aquí se acumula toda esa herencia sacra de los siglos; aquí están todos los paladines de la noble cruzada; los apóstoles de la luz; los guerreros de la idea. Hacer que el pueblo llegue a ellos, y los conozca y los trate, debe ser el anhelo supremo de todos los impulsores del progreso humano.

Gabriela Mistral aconsejaba evitar la tiranía de los libros. Quédese esto para los seres abúlicos que, letrados o analfabetas, son siempre esclavos de sus pasiones, de sus caciques, de sus tiranos. Salen de una dictadura para caer en otra, porque tienen alma de eunucos. Los hombres libres cuidan de emanciparse de cualquier tutela, intelectual o política. La conciencia de la personalidad es privativa de la juventud americana, gloriosa y grande como sus luminosos maestros: Altamirano, Rodó, Montalvo, Vasconcelos...

LOS HEROES

SALIMOS del escenario inmenso de la Historia con unos codos más de estatura, como Miguel Angel cuando leía a Homero; salimos estremecidos y agigantados por el contacto con las sombras augustas que pasaron coronadas de estrellas, caracoleando sus corceles de guerra, envueltas en una nube de polvo, con los ojos ardientes, blandiendo las espadas centelleantes, haciendo sonar los cascos metálicos en los pedernales chisporroteantes; salimos escalofriados por el toque de los clarines que desatan y contienen la muerte en las fases tumultuarias de la conflagración, con un himno en los labios, con ansias de gritar: Patria, Patria, como los jóvenes griegos que asistían a las representaciones de Esquilo, salían poseídos de un entusiasmo acalenturado que les hacía golpear el mármol de las estatuas con los escudos, lanzando a los vientos las sonoridades de la palabra mágica que los ecos llevaban hasta Salamina: Patria, Patria...

Los héroes pasan como el huracán sembrando por doquiera el terror y la muerte; cruzan por los horizontes incendiados con las foscas melenas echadas hacia

atrás por el vértigo del combate; pasan hechos ascua, fulgentes y trágicos, domadores de la muerte, como engendros luminosos de la desolación.

Cuauhtémoc inicia el desfile. Pasa envuelto en su clámide, embrazando el escudo, con la macana rota. En sus ojos de obsidiana se refleja el crepúsculo de su raza; en sus labios altivos vibra un tremendo anatema para los dioses adversos que les habían concedido el triunfo a los hombres barbados. Su cabeza señorial, erguida siempre, sólo se inclina a contemplar las llamas que le lamen los pies y ante la fuerza brutal de la cuerda que lo estrangula...

Pasa Hidalgo entre los cardos de las angustias de los vencidos, con las aleluyas de la Anunciación. El consuelo anida en sus labios depilados, como una paloma blanca. Se ha asomado al fondo de la tragedia y ha visto rodar el llanto silenciosamente de las pupilas tristes de los parias; los ha visto horadar las montañas y sembrar el surco; y llenar las trojes de meladas mieses; y conducir los rebaños a la dehesas, vigilados por rabadanes despóticos; y los ha visto con las llagas nazarenas de los latigazos, y con las marcas de hierro que los confundían con los bienes semovientes de los mayorales... Hidalgo llama al pueblo, en nombre de la fe, con la lengua sonora de una campana. Frente al altar de los cielos, dorados por el cáliz de un sol nuevo, canta los maitines de la libertad en la triunfal alborada septembrina. Lleva la nieve de las canas cimera y pura. Sus ojos verdes, habituados a la nívea trans-

parencia de las hostias y a las ondulaciones parsimoniosas de los gusanos de seda, se vuelven ojos duros de caudillo que se clavan sin parpadear en los sangrientos remolinos de los ejércitos en batalla. Tres siglos de injusticias claman por su boca profética; tres centurias de ignominias, y de robos, y de estupros, sucumben aplastados por las hondas y las picas y las lanzas de sus descamisados sublimes. Hidalgo es el impulso inicial de la catástrofe. Forjada la tempestad por sus manos de cíclope, los vientos de la traición lo arrojan, junto con Aldama y Allende, a ese escollo de cieno que se llama Acatita de Baján. Apagado el gran luminar, los héroes se multiplican. Rota la montaña, los bloques de granito se desparraman por todas partes. La Alhóndiga de Granaditas se engalana macabramente con tres cabezas cercenadas; pero la tea vengadora de Pípila reaparece en la mano de Narciso Mendoza. El sacrificio de los iniciadores produce una eclosión de volcanes incandescentes: Rayón, Galeana, Bravo, Matamoros, Mina, Victoria... Morelos se anuncia como un temblor de tierra: sordos ruidos de prolongadas repercusiones ponen espanto en los cachorros del Cid. Ríos de sangre brotan de las grietas sulforosas de las montañas. Los peñascos ardientes revientan como petardos, arrollándolo todo. Medrosos estallidos estremecen los ámbitos. Roncos retumbos, como de mar en furia, brotan del corazón de las cimas. Cráteres vindicatorios elevan sus airones de fuego hacia el negro cielo de la tormenta augural. Morelos realiza la re-

vancha de la horca de Izancanac y de los patíbulos de Chihuahua en el épico portento de la defensa de Cuautla. El cóndor rompe el cerco de los raposos carniceros, de las hienas feroces que olfatean el hedor de los cadáveres que se pudren insepultos dentro de las trincheras inexpugnables. El hambre puede más que los asaltos desesperados de Calleja. Casi espectrales por los ayunos reiterados y por las vigilias constantes, rompen el dique como un torrente que se desborda, con la complicidad de una noche de aquelarre...

Guerrero es el eco de esta tempestad apocalíptica. Reproduce en las cimas deslumbrantes y en los cóncavos sonoros de las montañas del Sur el temblor abracadabro del divino coraje de Morelos. Guerrero es el valor irreducible, la abnegación indomable, la constancia tenaz. Guerrero es el epígono de la lucha. Noblemente inicia la tregua, y en el Getsemaní de Acatempan, Iturbide le da el beso de Iscariote...

El milagro de la Vía Láctea, esa bandera inconsútil con que el cielo se engalana en las noches claras, cuenta la mitología que se debe a la leche derramada del seno túmido de la celosa Juno. La bandera de las Tres Garantías tiene un jirón de esa mítica leche cristalizada y esplendorosa. El cielo dio esa blancura para que se estampara el águila azteca, como la Verónica ofrendó su trapo en la hora triste de sudor y de sangre, precursora de la resurrección...

Los aguiluchos de Chapultepec forman la retaguardia del glorioso desfile de las sombras augustas:

van a la zaga tremolando la enseña ensangrentada. Los Niños Héroes, que apenas habían dejado de escuchar los arrullos maternales, brincan sobre los torreones, coronan los parapetos, empuñan las armas, disputándole al enemigo, que avanza hollando los cadáveres del heroico Batallón de San Blas, y de cientos de guerreros anónimos, el último reducto de la dignidad nacional y el baluarte postrero del honor de la Patria...!

Septiembre es un mes gloriosamente épico; es el mes de las conmemoraciones en el que desenterramos la tradición de la raza para coronarla de rosas. Es el mes de las banderas y de los apoteosis; es el mes de los himnos y de las salvas; es el mes de la Patria y de los paladines de González Bocanegra; es el mes de las trompetas guerreras y de los desfiles marciales; es el mes en que las campanas se desgañitan como si quisieran celebrar todos los triunfos de la epifanía libertaria; es el mes jubiloso de los repiques de fiesta que cantan alocados y borrachos de gloria; es el mes de los carmines que tiñeron los campos de batalla y que fulguran en los estandartes; es el connubio del laurel de la victoria con el blanco lácteo y con el rojo vívido; es el mes de los mármoles y de los bronces; es el mes de las sombras inmortales; es el mes de los héroes redivivos...

SALVADOR DIAZ MIRON

SANTOS Chocano decía, en un vuelo de su vanidad inaudita: el Norte es de Walt Whitman, el Sur es mío. ¿Dónde colocar, pues, a Díaz Mirón, considerado como el Príncipe de los líricos americanos? Su genio no cabe en una estrecha circunscripción geográfica: su genio pertenece a toda la América.

Walt Whitman es el patriarca de la barba de plata y de la calva socrática. Les canta a los hacheros que derriban los bosques para forjar los navíos; canta el prodigio de acero de la locomotora; canta lo desmesurado, lo sublime. Sus poemas vibran al soplo que estremece las cimas. Yo soy el bardo fálico, dice, el sudor de mis axilas es más puro que la plegaria. Su egotismo es exaltado y fanático. Arroja sus cantos a la posteridad con el gesto confiado del sembrador, que adivina en cada germen el fruto multiplicado, que se desbordará en los graneros pródigamente. Le es familiar el estruendo de las olas y de los huracanes. Ama la vida intensamente; ama el trabajo noble y la lucha fecunda. Sus poemas son un coro de voces desordenadas, un tumulto de truenos, un gárrulo forcejear de

titanes que jadean con la roca de Sísifo en las espaldas sudorosas. Walt Whitman es el poeta bronco y sinfónico de una democracia robusta y semental.

Santos Chocano es el aeda de la Ilíada portentosa de la Conquista, en la que el coraje de Aquiles es el de Pizarro, y el infortunio de Príamo es el de Atahualpa; es el poeta de los volcanes y de los cóndores; el apolonida del heroísmo y de la libertad en «La Epopeya del Morro», que entona después la palinodia de sus rimas broncas, para caer de rodillas ante todos los Tiberios, Nerones y Calígulas de América: regresión desconcertante, como la del gran ciego de Quío, que, habiendo forjado sus cantos inmortales con titanes y dioses, escribe la Batracomiomaquia para encomiar el heroísmo de los reptiles!

Salvador Diáz Mirón es el Tirteo exultante que conduce a la juventud a los combates. En sus estrofas vibran los clarines y estallan los fogonazos, los corceles relinchan y las campanas tocan a rebato. Nos baña el alma en un Niágara arrullador de armonías. Lo vemos calzarse el coturno y embrazar el arco de Odiseo, para entablar la batalla inicial con los follones. Presos en las garras de sus estrofas, nos zarandea en lo infinito y nos aturde con sus aletazos.

Cuando cerramos el libro de sus versos sentimos como un rumor de mar, como una marejada que se irisa de espumas, como un soplo de abismo que nos hace pensar en el epitafio de Orfeo: «Aquí yace el susurro del viento.»

Deslumbrante, declamador, orgulloso, el pendenciero alucinante se forja una leyenda trágica con los fanfarrones alardes de sus dos pistolas, y fue violento, torvo y heridor, llenó su alma de rencores, la arrastró desnuda por camino de cardos, y pasó en una ráfaga con los malos espíritus, como dice Valle Inclán de sí mismo.

Siendo extraordinaria su facultad admirativa, Víctor Hugo y Lord Byron lo deslumbran. Con el lírico derroche de un pájaro, canta la luminosa magnitud de esos dos soles. El creador de Valjean no ha recibido nunca más bello elogio que la oda vibrante del poeta veracruzano. Nadie ha condensado tan armoniosa y gallardamente el tumulto glorioso de la vida de Hugo. ¿Quién no le ve pasar por las estrofas como una montaña en marcha que vomita tempestades de cólera y relámpagos de indignación? ¿Quién no le ve aplacarse para arrullar como una flauta pánica, y sonreír a los niños, y convertirse en el abuelo cariñoso de todos los desheredados de la fortuna y del amor? Sólo Montalvo, en «Los Siete Tratados», en su elogio del genio, con su estilo frondoso, puede llegar tan alto. ¿Y Lord Byron no surge de los serventesios insuperables, como un rival del océano, como un engendro diabólico, más orgulloso que el Satanás de Milton, burlándose del mundo, que desprecia con su risa dolorosa de neurosis, y cae después, como una águila herida, en Misolonghi, alentando la insurrección contra Turquía? ¿Quién ha cantado al «Luzbel trova-

dor y aventurero» con tanta fuerza y donaire? Nadie.

Un rumor admirativo saludó la aparición del portalira máximo en todo el Continente Americano. Vargas Vila, o la «danza macabra de las Mayúsculas», dice: Ese Hugo nuestro que es Díaz Mirón; Rufino Blanco Fombona lo cita con entusiasmo; José Ingenieros borda una bella teoría sobre el carácter, invocando la estrofa sin rival: «Mi razón es al par luz y firmeza, firmeza y luz como el cristal de roca»; Ventura García Calderón lo proclama como el sucesor de Mármol, que, con Almafuerte y Chocano, forma la orgullosísima Trinidad de poetas de juicio final y aurora cívica que irisan su trompeta bajo el zodíaco de Hugo; Rubén Darío le canta: «Tu cuarteto es cuadriga de águilas bravas»; Rodrigo Gamio pone su perfil numismático en catorce endecasílabos clásicos, y lo proclama como una de las montañas líricas de su predilección; Josefina Murillo celebra la prestancia de su numen poderoso en un soneto impecable; Luis G. Urbina quema sus mejores granos de mirra en el altar del ídolo; Rafael López agita entusiasmado su turíbulo y José de J. Núñez y Domínguez le consagra una crónica plateresca y triunfal... Entre todo este vuelo de campanas, sólo Puga y Acal, en una indignación académica, lo lapida; pero a la manera del divino Platón, que, antes de expulsar a Homero de su República, lo corona de mirto...

Siendo el gran poeta la alondra que cantó en la mañana triste de mi vida; siendo el Demiurgo que lle-

nó mi barro de sonoridades, débole un homenaje, un resumen de todos mis entusiasmos, que cuajan en este lírico Domingo de Ramos.

Solo en sus cimas, paseando su tristeza por las arenas de su mar azul y por las calles de su «puerto bullente», en el que ya no hay Eudoras que lo apostrofen y lo mimen, en cuyo balcón cerrado cuelgan las telarañas del olvido, el gran poeta, arrebujado en el manto de su gloria, dibuja en el moaré de los crepúsculos marinos los signos cabalísticos de su renunciación y los gestos franciscanos de su pobreza inexpugnable y estoica.

EL CANTOR DE CHAPALA

A principios de 1924 me encontraba en Guadalajara haciendo un periódico de combate; un bisemanario que dirigí con harto cariño y con sobrado esfuerzo.

Las vacaciones de Primavera llevaron a la bella ciudad de los ladrillos lucientes, de las casas enfloradas y de las mujeres bonitas, tumultuosas teorías de viajeros que iban al balneario de moda a lucir trajes de verano y a buscar esparcimientos espirituales.

El poeta jalisciense Enrique C. Villaseñor, celebrado autor de «Mensajera», me invitó galantemente a visitar Chapala.

Llegamos al filo del Meridiano, bien zarandeados del auto que nos condujo.

El buen estado de la carretera había permitido al chofer excederse en la velocidad a fin de ganar la delantera a centenares de camiones que nos arrojaban todo el polvo que levantaban en su pesada carrera. La marcha vertiginosa no me permitía admirar los detalles de los paisajes, que se sucedían con la rapidez de un relámpago.

La brisa mañanera mecía débilmente los verdes alfalfares coronados de florecillas moradas, que formaban un contraste sugestivo con el matiz aperlado de la vaporización de la tierrra, empapada por los chubascos recientes. Algunas rancherías desparraman sus chozas aquí y allá, poniendo en el miraje azul y verde el cándido manchón de sus rebaños. Grandes grupos de nubes blancas aborregan los horizontes de añil. Las charcas flamean reflejando los oros solares. En los bermejos peñascales reposan las gaviotas con las alas abiertas, formando cruces, como si piadosamente quisieran señalar al viajero alguna tumba olvidada. Las perspectivas del lago se confunden, en la lejanía, con la curva azul del horizonte. Una bruma lechosa finge los esplendores de la Vía Láctea sobre el temblor de las ondas. Miríadas de lanchas resbalan fugaces por la cambiante malaquita del piélago inmenso.

En la playa, bajo los amplios toldos de lona zebrada de rojo, racimos de bellas mujeres contemplan el regocijado alboroto de los bañistas, que parlotean y retozan entre las linfas, formando flecos de cristal y chorros de múrice.

Los espectadores engríen los ojos en los escarceos femeninos, que dejan ver, entre el hervor de la espuma, muslos redondos, brazos turgentes, dorsos de mármol, cuellos de nácar y dombos pequeños y erguidos que empujan las mallas elásticas, pugnando por salir de su cárcel para prender en la esmeralda espumajeante la flor de nieve y grana. Glorioso certamen de formas

desnudas que el sol enrojece. Divino escenario que revive las viejas leyendas de gracia y de hechizo que canta y adora la Musa pagana. Sólo falta el galope de un joven centauro, o el trémulo espasmo de un cisne de armiño, para que el alma de Grecia palpite integral y sonriente en la playa dorada.

Declina la tarde. La puesta del sol es magnífica, tiñendo las aguas del lago con sus trémulas llamas de incendio.

Las bañistas, fatigadas de sus chapoteos infantiles, salen de las ondas, que horadan a grandes zancadas. Llegan a la orilla. Un palurdo las envuelve en un manto de nieve y se alejan de prisa, hundiendo los pies sonrosados en la arena, friolentas y alegres...

Honorato Barrera, el cantor de Chapala, estaba con nosotros en la fiesta marina. ¡Cómo ha cantado él su lago incomparable; cómo ha estilizado las maravillas de color de las alboradas y de los crepúsculos; cómo ha sabido agrupar en sus poemas todos los aspectos del monstruo sonoro: ya aparece cuajado de estrellas, como un manto hiperbólico; ya blanco de luna, como un sudario fantástico; ya rojo de sol, como una visión de infierno.

Cuando la tempestad truena, y el viento agita las olas, y el rayo rasga las nubes, y el relámpago ilumina fugazmente la negrura espantosa de la noche, la Musa del poeta adivina la plegaria del náufrago; las imprecaciones del pescador que va aligerando el bote que cruje, y arrojando al seno del lago amenazante cestos repletos

de peces de plata... Todo el horrible ulular de los vencidos de la tormenta; todo el tétrico estrago de los elementos, que ocasiona la ruina de los proletarios del mar; todo el espanto de los aullidos del huracán que pasea, triunfalmente, la fuerza ciega que mata implacable y artera, lo canta el poeta en versos que lloran...

Honorato Barrera es un paisajista magistral: en su acervo poético hay pocas ideas, pero muchas imágenes: Cada soneto es un cromo y cada verso una sabia pincelada de color y de vida.

De los cantores de provincia, ninguno tan exclusivista como él.

Cada misterio del Universo tiene su intérprete, y cada maravilla su glosador maravilloso: El cielo tiene a Flammarión, la Tierra, a Zolá; el Niágara, a Heredia; el Atoyac, a Cuenca y Altamirano; el Golfo, a Díaz Mirón; Venecia, a Ruskin y D'Annunzio; el Amor, al Santo de la Umbría; el Misticismo, a la Monja de Avila; la Guerra, a Homero, y el Músculo, a Píndaro. Chapala, sin ser una maravilla, puede enorgullecerse de dos zenzontles: Luis G. Urbina y Honorato Barrera.

Desconocido del gran público, como otros muchos valores de la poesía nuestra, viejo y triste, desengañado y solitario, espera la muerte sin amor a la Fama.

La desgracia inmerecida le ha ensombrecido siempre el corazón. Sus grandes amores se los ha robado la muerte. Vive para llevar flores a sus sepulcros queridos, en los que prende el brillo efímero de sus lágrimas y la lámpara votiva de su desolación.

¡Pobre poeta mártir tan atormentado y tan fuerte! ¿Quién te enseñó ese altivo desprecio por la gloria? ¿Qué hiciste del tumulto juvenil de tus sueños? ¿Por qué llegaste tan pronto a «la ladera de la montaña augusta de la Serenidad»? ¿Qué fraile cartujo puso en tu bandera el *Vanitas Vanitatum* del Eclesiastés? ¿Qué Shakespeare vació en tu alma los pesimismos de Timón de Atenas? ¿Qué fakir misterioso te dio esa pereza contemplativa y esa sonrisa triste de resignación? Poeta, dale el secreto que curó tus llagas al que lleva el suplicio de la eterna inquietud; al que jadea con la roca de Sísifo; al que ambula por un bosque de laureles y no puede arrancar una hoja fragante para ceñirla a tu frente, sino que tiene que coger una del sendero, derribada por el cierzo de otoño, amarillenta y seca y sin perfume...

JULIA MARTA

Con agradable sorpresa he visto publicados en periódicos y revistas algunos bellos sonetos de esta poetisa nórdica.

La trágica muerte del compañero de su vida, que tenía un gran espíritu y un gran corazón, la hizo replegarse en su dolor mucho tiempo, enlutar su lira y enmudecer, trémula y llorosa, nostálgica y sitibunda de los fulgores del volcán extinguido en cuyo fuego se inflamó apasionada y vibrante.

El poeta muerto fue el gran amor de su vida.

Escondieron su ternura bajo el toldo de una tienda de campaña. Se amaron arrullados por el retumbo de los cañones. Cada alborada veía partir al amado, sin saber si volvería sano y salvo a calentar el nido, expuesto también a ser destrozado por las metrallas, que abrían sus negros pétalos de odio en el campo regado de sangre donde caían heridos y muertos los heroicos descamisados de la libertad... Julia Marta sabe de estas cosas horribles. Palpó de cerca la llaga sangrante de la guerra civil. Su pluma combatió por la idea que su poeta defendía con la espada. Su prosa admo-

nitiva animó a los tibios, marcó el rumbo a los irresolutos y derramó el vino de su entusiasmo en el corazón azorado de los tímidos. Julia Marta combate con su prosa y arrulla con su poesía. Su Musa desconoce el coraje de sus escritos de lucha. Sus versos, languidecientes de melancolía, plasman las sensaciones de su alma saturada de una tristeza inmensa. Canta su noche angustiosa como el pájaro ciego que armoniza su dolor en dulces sones de flauta, desesperado de no ver el oro de los ortos y la plata temblante de los plenilunios. Canta la lenta agonía de sus sueños con la serena fortaleza con que el héroe de «Los Trabajadores del Mar» sentía subir la marea sobre su cabeza, sentado en la roca solitaria, mientras sus ojos seguían imperturbables al buque que se perdía en los brumosos horizontes, llevándose el tesoro de un amor profundo y gigantesco, cruel y tumultuoso como su verde tumba...

EL GALLO PITAGORICO

Este libro olvidado de Juan Bautista Morales, es merecedor de los honores de la reproducción y de un escolio encomiástico de García Icazbalceta. En él está crucificado despiadadamente nuestro pasado tumultuoso y ensangrentado. Una censura tendenciosa y acre llena sus páginas amarillentas, como de marfil viejo, y la cólera que centellea recuerda la de Juvenal, que fulminaba a los parásitos, a los disolutos, a los enervados pobladores de la Roma de Domiciano, que habían llegado al colmo de los morbosos refinamientos, haciéndose servir en sus festines percebes que habían sido nutridos en las piscinas regias con carne de esclavos.

En «El Gallo Pitagórico» cada grupo social tiene su casillero y su marbete: los militares, los diputados, los agiotistas inverecundos, los politicastros profesionales, los aduladores de oficio, los mercaderes ladrones, los periodistas vendidos al favor oficial, las cotorronas, las niñas cursis, las casadas descontentadizas: toda la gama...

Así como Cervantes se valió de un loco para fustigar virilmente las intromisiones del clero en el go-

bierno de la hacienda privada de los hijosdalgo, segundones y linajudos, y para burlarse de las chifladuras caballerescas de los Amadises y los Lanzarotes; así como Apuleyo, Víctor Hugo y Juan Ramón Jiménez se valieron de ingeniosos pollinos, que «fablaban perlas» para decir primores líricos y abordar filosofías trascendentales: talmente Juan Bautista Morales se vale de un gallo para criticar a sus anchas a los políticos afortunados, a los tiranuelos impúdicos, enriquecidos por sus grandes peculados.

Bien parece, dice un poeta galo, que el Manco de Lepanto burla el ideal; pero no, concluye, tras de su sonrisa esconde la lágrima... Tras de la mueca risueña de Juan Bautista Morales, se adivina la amargura infinita del pensador perseguido y encarcelado por amar la Justicia, apasionadamente, como Sócrates.

Los tipos más ridículos, los funcionarios más abúlicos, las damiselas más encopetadas, los generales más fanfarrones y demeritados, los escritorzuelos más serviles y aduladores son exhibidos implacablemente con todas sus lacras en farandulescos retablos y en carretas andariegas de titiriteros.

Nunca el miedo detuvo la corrosiva prodigalidad de sus adjetivos demoledores. Hacía visajes y dislocaciones de Polichinela para distraer la acuciosidad de los esbirros, y daba saltos mortales sobre la cuerda floja de la Verdad.

Le tocó vivir en una época atormentada, en que todo era embrionario y titubeante. La Patria, apenas

manumitida de las zarpas rampantes del león castellano, amputadas por la tajante espada del Leonidas de Cuautla, caía en las garras de la anarquía más odiosa. El ideal republicano se cobijaba en la quemante túnica de Neso. A las zoocracias más asfixiantes, sucedían las dictaduras más absolutistas. Su Alteza Serenísima privaba entonces como el Sumo Pontífice del Terror chabacano. En medio del aparato rastacuero de que se rodeaba vanidosamente, recibía la consagración de los sicofantes arrodillados, de los Seyanos incondicionales, prontos a satisfacer los menores caprichos del Vitelio omnipotente.

El silencio y el miedo eran las únicas «virtudes» oficiales que se recompensaban. El oro secaba la tinta del dicterio en las plumas de los escritores, y las mojaba en el agua de rosas de la adulación. La deportación y la cárcel ahogaban todas las protestas, y el puñal acechaba en la sombra las cabezas enhiestas que no sabían doblegarse.

De pronto se oyó una voz imperiosa que resonó en las conciencias dormidas como el retumbo de un trueno: era el verbo admonitivo de Juau Bautista Morales, el apóstol irreducible del valor civil, nutrido, como Aquiles, con médula de leones.

Lo inverosímil y lo sobrenatural facilitan el desarrollo del plan de la obra, que es sencillo y hasta pueril si se quiere: cuando muere Pitágoras, el paladín de la abstrusa teoría de la metempsícosis, su espíritu encarna en un inglés; después en un francés; luego en

un anglosajón. Era éste un pirata atrevido que sembró el terror entre los lobos marinos, por sus fechorías audaciosas. Un mal viento dio término a su vida folletinesca, estrellando su barca en los cantiles de la costa del Océano Pacífico.

Libre ya de la brutal envoltura de bandolero, el espíritu del filósofo se remontó a las regiones misteriosas del limbo, donde holgaban miríadas de espíritus murmuradores y aviesos, que lo pusieron al tanto de la situación mexicana. Antes de tan inesperada revelación, pensaba el espíritu encarnar en un vástago de las razas amalgamadas de Guatimoc y Carlos V, por haber tenido noticias de su buen natural; pero como México resultara un «casus belli» permanente y sus actividades más dilectas los «pronunciamientos» y las asonadas y las rebeliones, prefirió encarnar en un gallo, mientras llegaba la reconciliación entre los mexicanos.

Con una casaca de plumas de ónice se vio instalado en un herboso patiezuelo dorado de sol, y rodeado de gallardas y emplumadas odaliscas.

Para sacar la tripa de mal año, su dueño lo llevó a un palenque para que midiera sus fuerzas con un adversario desconocido. El gallo filósofo no soportó la prueba. Era enemigo de los derramamientos de sangre, y no tenía por qué reñir con nadie. Cuando vio en la arena del circo a su furente enemigo con el cuello engolado, picoteando en el suelo y fulgurándole los ojos, le «volvió las traseras partes» desdeñosamente

y se escapó por entre las piernas de los espectadores, que le armaron la rechifla más grande que había oído en su vida.

El dueño, para castigar su cobardía vergonzosa, le dio de puñadas y puntapiés, vaticinándole su aventura final en manos de cualquier maritornes. Desde que oyó tan dura sentencia los onomásticos le hacían temblar. Las serenatas y las *mañanitas* eran para el infeliz como un canto de guerra, como un peán inquietante, présago del final de la jornada. Retrepado en las ramas más altas de un naranjo copudo y añoso, con la cabeza oculta bajo el ala, despertaba sobresaltado con las notas dispersas de los preludios tímidos de las orquestas noctámbulas. Y en medio de tanto martirio inquisitorial, tuvo el valor de ver morir a la polla más bella del serrallo, la de blancuras lunares y cresta de rubí, que tentaba a picarla como una granada abierta, para la que él tenía los mimos más dulces, los mejores hallazgos del estercolero y los gusanillos más apetitosos...

Este libro doliente y risueño, hondo y trivial, pedantesco y doctoral, recargado a veces de una erudición gongorina, puede formar, con las novelas de «El Pensador Mexicano», los cimientos de nuestra literatura vernácula, sobre los que levantaron después arquitecturas sólidas y afiligranadas los Altamiranos, los Paynos, los Fideles y los Facundos.

Muchos tendrán para este libro petulantes censuras; otros, indiferencia, los más, olvido. Pero los que

gustamos de embriagarnos con el vino de nuestras viñas desmedradas y añosas, sabemos que su recuerdo flotará en los vaivenes de la vida de hogaño, como esas ánforas cerradas que pasean un manuscrito en sus panzas hidrópicas entre el recio tumulto de las olas del mar, y llevan su mensaje, y cumplen su destino...

JULIO RUELAS

El 16 de septiembre de 1907 murió en París el atormentado dibujante, víctima de una penosa enfermedad pulmonar. Hondo clamor levantaron poetas y prosadores a raíz de tan irreparable pérdida. «Revista Moderna» se sintió herida de muerte con la repentina desaparición de su genial ilustrador. El Ministerio de Instrucción Pública, entonces a cargo del inolvidable educador don Justo Sierra, costeó los gastos del sepelio, y Ruelas quedó en el cementerio de Montmartre durmiendo el último sueño. Según los datos que aparecen en una revista consagrada a su memoria, el señor Jesús E. Luján, acaudalado Mecenas del artista muerto, encargó al escultor mexicano Arnulfo Domínguez la ejecución de un grupo escultórico en mármol de Carrara, para colocarlo, en el primer aniversario, sobre la tumba de Ruelas. El simbolismo del bloque marmóreo está acordado con la obra profusa del estupendo poeta del lápiz, y es el siguiente: «En primer término, y al pie del bloque, está una mujer flaca, tirada en el suelo, próxima a morir, y en un último esfuerzo, levanta los brazos descarnados hacia el

espacio, y en actitud suplicante. Junto a ella, un grotesco sátiro baila una danza macabra, haciéndole muecas y tocando su flauta. Esta primera parte tiene como fondo el bloque de mármol que se levanta sobrepasando al grupo, y simula en su término superior una abrupta peña, sobre la cual un fatídico cuervo está posado con las alas abiertas, como en actitud de volar...»

Ruelas se había educado en Alemania desde niño. Allí los grandes maestros del pincel le hicieron conocer los secretos del color y las pragmáticas y cánones del arte del divino Leonardo.

Emplumadas sus alas poderosas, regresó a la patria en la plenitud de sus maravillosas facultades. «Revista Moderna» acogió con cariño las primicias de su lápiz, y a poco de haberse iniciado, lo saludaba toda la América indolatina como el mejor dibujante continental. Muchos de los subscriptores de la Revista no buscaban en ella más que los dibujos atormentados de Ruelas, como que por sí solos eran capaces de sugerir todo un mundo teratológico de larvas apocalípticas! Quién será aquel que permanezca indiferente ante las creaciones contorsionadas del macabro visionario, anárquico en su manera e insuperable en sus estilizaciones personalísimas? Todos sus críticos están acordes en que Ruelas era un subjetivo intenso, un «dolorómano» impenitente. Quizá tengan razón los inteligentes en sus clasificaciones. Yo de mí sé decir que ante sus visiones plasmadas con habilidad sor-

prendente, he sentido mi corazón lleno de espinas; he visto en mis noches turbadas retorcerse en la sombra las serpientes, y enroscarse en mi garganta; he sentido el espolón del áncora desgarrarme las entrañas, y en una pesadilla de muerte, verme así, como está su «Esperanza», yacente y trágica, con las manos crispadas, con los brazos abiertos, como formando una lira multicorde, con las cuerdas flojas. A pesar del daño que me hacían sus dibujos, volvía a ellos atraído por un encanto inefable que no comprendía. Hojeando las colecciones de «Revista Moderna» que tenía mi padre, me pasaba horas y horas absorbido en la contemplación de sus tenebrosos aquelarres fantásticos, pasando después noches de insomnio pobladas de fieros espectros. Pocos idilios esmaltan la ronda dantesca de sus esqueletos. Si crea un «Extasis» de amor, pone un sátiro burlesco en el tazón de una fuente, para que les guiñe los ojos maliciosamente a los enamorados, que cantan, despreocupadamente, su eterna canción. Cupido no aparece en sus cartones: suple las alas del hijo de Venus con los cuernos retorcidos y las pezuñas danzarinas de los machos cabríos. La voluptuosidad enseñorea sus visiones, que la guadaña de Atropos rubrica obsesionantemente, como una viñeta trágica. Si pinta un águila, le amputa un ala o la circunda de dardos que la acosan en su vuelo. Sus perros son como lobos hambrientos que devoran a los muertos y desgarran la carne martirizada de los vivos. Su cabeza de Medusa respira un horror indecible. De seguro

que Esquilo, condestable de lo trágico, se hubiera estremecido de espanto, de haberla conocido. Una de las notas risueñas de su pincel maestro es el retrato del poeta Rubén M. Campos. En él puso sus colores más brillantes y sus trazos más firmes. Está hecho, como dice uno de sus comentadores, de piedras preciosas.

Ruelas vuelve a Europa, pensionado por el Ministerio de Instrucción Pública. Se radica en París y allí lo sorprende la muerte, en su vuelo ascensional hacia la gloria, a la que había arrancado ya inmarcesibles palmas de triunfo y apolíneos gajos de laurel.

He querido dedicarle estas líneas al insigne pintor, como un tributo a su genio; aunque sé que para encomiar su excelsitud se necesitaría una pluma de oro, con sonoridades de campana, que igualara los púgiles arrestos de su lápiz dantesco.

La tierra que cubre los huesos venerandos del pobre Lelian y de Musset, tierra francesa, cubre piadosamente los suyos. Los galos que visiten los cementerios en el día de los difuntos, sin duda no comprenden el significado del grupo marmóreo que está sobre su tumba olvidada.

Ojalá que pudiera transformarse mi ofrenda lírica en un ramo de flores, y que mis manos pudieran depositarlo en su sepulcro, y que mi voz pudiera detener al viandante, para invitarlo, como reza el epitafio del cantor de Lucía, a bebernos una copa de vino a la memoria del hermano triste de Goya, de Rops y de Durero.

GAJOS DE LAUREL

DARWIN Y SU VIAJE A SUDAMERICA

MUCHO he visto publicado acerca de los viajes del Barón Alejandro de Humboldt, y yo mismo en mis andanzas por esos mundos del diablo, he saludado el luminoso fantasma del ilustre sabio tudesco autor de *Viaje a las regiones equinocciales.* En un pueblecillo del montañoso Estado de Oaxaca, denominado Santa María del Tule, vi grabado en el tronco milenario del famoso sabino o ahuehuete juzgado por algunos trotamundos como uno de los más hermosos de América, el nombre del glorioso investigador en un óvalo hecho en la corteza calzando un pensamiento del que no se leen más que algunas frases aisladas: «árbol querido... generaciones... 1800...» Eslabones de una cadena de diamante esculpida en una página eterna.

El árbol se yergue majestuoso en el ángulo Norte de un patiezuelo cuadrangular, circundado por altos tapiales de adobe. En el fondo, hacia el Oriente, se levanta la torrecilla presuntuosa de una capilla encalada, alrededor de la cual crecen los órganos agresivos y los nopales eslabonan sus pencas de esmeralda, en las que esplende el vívido carmín de las tunas. La

grama se extiende como una alfombra a los pies de los enhiestos centinelas. En el lírico esplendor de la mañana, bajo el añil de un cielo abrileño, empalidecido por el cinabrio puro de la aurora, los pájaros, en parvadas canoras, llegan a saludar al abuelo solitario y adusto, que agradece el homenaje sentimental estremeciendo sus frondas, despeinadas por la caricia bronca de las tempestades... Tempranera visión imborrable que llevo en el alma con dulce engreimiento, y que tiene el prestigio pastoril de un idilio de Teócrito.

Al pie del árbol se extiende una banqueta de ladrillos rojos. En una mesa desvencijada hay un librote sucio en el que todos, o casi todos los visitantes, escriben en mala prosa o en peores versos, «alguna cosa», para salir del paso, y que siempre resulta alguna cosa horrible y despampanante. Pero los guasones, que nunca faltan, salpican, con los granos de sal de su humorismo, la pastosa y almidonada insubstancialidad irritante del mugriento libraco. Cierto gobernador en funciones visitó el lugarejo en unión de sus edecanes y adictos. Seguramente a reiteradas instancias de éstos, el Mandarín de la Barataria Zapoteca escribió, de su puño y letra, este magistral pensamiento: Oh, árbol, eres un Dios, y firmó: Chávez. Un chusco, trastocando las frases ingeniosamente, escribió abajo, a manera de comentario: ¡Oh, Chávez, eres un árbol! y firmó: Dios.

En otra página, entre admiraciones gruesas y rechonchas, estaba escrita esta única frase contundente:

¡¡¡Qué palote!!! Bobería intonsa, integralmente berroqueña, que podría recordar a los eruditos la celebrada concisión de Tácito.

No obstante la importancia científica que entrañan las impresiones de viaje de Carlos Darwin escritas en forma de diario y en dos volúmenes en octavo, parece que no han tenido la resonancia que era de esperarse, dada la celebridad del discutido y sabio naturalista.

Su viaje a Sudamérica lo realizó en compañía de varios sabios británicos encargados de levantar cartas geográficas de la porción austral de nuestro Continente. A bordo del *Beagle* emprendieron la travesía del vinoso ponto que cantaba Homero, importándoles un grano de mostaza las iras de Polifemo, ni los maleficios y encantamientos de Circe. Darwin abandona la embarcación para hacer excursiones, a lomo de caballo, al interior de los países que visita. Así hubo de galopar con los gauchos en la pampa argentina; y así visitó los campamentos militares del general Rosas, muy ocupado en aquel entonces en exterminar las tribus salvajes. Grande carnicería hizo el dictador entre los indios, en nombre, ¡naturalmente!, de la decantada civilización. Qué comentarios tan pintorescos los de Darwin sobre las habilidades de los «payadores» de la reata y del militarismo argentino.

Noticias interesantes nos transmite de las costumbres de los habitantes de la Tierra del Fuego. Cuenta que se alimentan de carne de ballena putrefacta. Des-

conocen la agricultura y la industria, y se defienden de la intemperie en sórdidas e inmundas pocilgas que los cerdos desdeñarían. En los tiempos en que la pesca escasea, los individuos viejos de la tribu son sacrificados. Los matan por asfixia, con el humo de grandes fogatas que hacen para el sacrificio. Ha de ser espantoso para los infelices que van envejeciendo no tener más perspectiva que su fatal suplicio de pagar el tributo, no a la madre Naturaleza, sino a los bárbaros cofrades que saciarán el hambre con su carne en los delirios del brutal banquete...

Escala los crestones de los Andes, y al detenerse al borde de los abismos pavorosos, los cóndores levantan el vuelo pesadamente y cruzan el espacio con sus alas potentes, describiendo espirales majestuosas, proyectando sus sombras gigantescas en el oro trémulo de la inmensa llanura desolada.

Siente trepidar a sus plantas las panzas mitológicas de las montañas que bailotean grotescamente, y rugen su dolor, y lloran su lava, al sentir en las entrañas el monstruo ígneo que sale al infinito en la suprema convulsión del terremoto...

Llega a Valparaíso; visita Lima; se interna en las selvas; sube a las cumbres vertiginosas, y mancilla con sus plantas de peregrino la nieve deslumbrante de los volcanes. Al despertarse en los amaneceres estivales, sacude el rocío de sus mantas de viaje; charla con las alondras; abruma a su guía con las preguntas de su curiosidad renovada y despierta; da palmaditas

a su jaca trotona con la misma ternura que Sancho a su Rucio; da un sorbo de whiskey y enciende un cigarrillo alegremente...

Nada tan pintoresco como estos Caballeros Andantes de la Ciencia que desvanecen la figurilla desmedrada y enclenque, que imaginábamos indispensable en los sabios cabalísticos de la Edad Media y en los graves doctores «muy siglo XX», saturados de bilis, de entelequia, de *Morbus Eruditorum*, que se agostan en las cuatro paredes de su biblioteca, sin conocer más horizontes que los que se descubren por algún ventanuco de cristales empañados... Los libros de estos hombrecillos de saber profundo son, necesariamente, áridos y amargos, y tienen una pesantez insufrible para los que amamos más las sensaciones que las ideas. Los que salen de la pluma de los sabios viajeros tienen un olor penetrante de tierra mojada; un perfume capitoso de selvas dasmelenadas, de huertos florecidos, donde los azahares de los verdes limoneros cantan su risa blanca de novia, y los almendros prenden su escarcha de rosa y nieve, y las toronjas de oro se antojan farolillos de ensueño en el paisaje armiñado por las flores que caen, dejando el puesto a los frutos que llegan, cuajando las mieles de la grata sazón del Otoño, y por las alas blancas de las mariposas que vuelan...

Nobles Quijotes de la Investigación, que se visten las armaduras en una Venta cualquiera, y que se van por los Campos de Montiel, bien provistas las alforjas de «dineros y camisas limpias», y llevando como

armas de combate sus martillos de geólogos, sus telescopios de astrónomos y sus miscroscopios de naturalistas. Pero éstos no esperan a los Cidis Hametes para que escriban sus gloriosas «fazañas», sino que personalmente pergeñan y aderezan las sabrosas crónicas de sus andanzas, de que nosotros participamos montados en el Clavileño de su fantasía.

Libros abigarrados, nutridos y misericordiosos que nos compensan con creces de la reciedumbre del utilitarismo asfixiante del moderno vivir, tan frívolo, tan rastacuero y tan menguado.

JUANA DE IBARBOUROU

ESTA altísima poetisa uruguaya apenas cuenta 28 años de edad, y ya su nombre suena, en todo el Continente indolatino, con los sones metálicos de una diana triunfal: gloria precoz que es el corolario de su excelso numen poético. Se diría que nació a la fama triunfando. Las Piérides la bañaron en las aguas de la Estigia, como Tetis a su hijo, para hacerla invulnerable a los venablos enconados de los Aristarcos de oficio.

Habiéndose educado en un convento, la severidad del recinto religioso, el silencio imponente de los corredores sin golondrinas y sin enredaderas, inclinaron su espíritu a las hondas inmersiones del misterio; al recogimiento piadoso y musical de los largos soliloquios vespertinos, que baten sus alas rumorosamente como abejas embriagadas con la miel de las flores, que se agitan febriles en torno del panal odorante para colmarlo con el rubio producto de su alquimia asombrosa.

Alejada del bullicio del mundo, le nació en el corazón un fervor panteísta por los bosques umbrosos que no veía, por los ríos enjoyados que no contemplaba, por los campos de trigo que no segaba, por las gavillas

de Ruth que no crujían entre sus manos, por las manzanas rojas que no mordía con sus dientes glotones de colegiala núbil enamorada de la vida.

A los diez y siete años dejó su reclusión disciplinaria contrayendo matrimonio un año después con un capitán de las milicias patrias. De esta unión nació un hijo.

Este incidente no varió el tono idílico de su «manera» poética. El amor maternal no absorbió sus aficiones bucólicas. No hace del fruto de sus entrañas el motivo sentimental de sus poemas, como Gabriela Mistral, que arroja al hijo que no tuvo un chaparrón de mimos quintaesenciados que refrescan, como lluvia de mayo, las llagas profundas de su corazón desgarrado por yo no sé qué drama lacerante y terrible.

Juana de Ibarbourou canta su amor; se ofrece al amado con el patriarcal abandono de la joven viuda moabita, y le alarga las manos temblorosas y urgidas.

Se diría que es la Sulamita del Cantar de los Cantares que pasa con un ramo de lirios en las manos, con los cabellos desordenados, con los ojos visionarios y ardientes, con los pechos desnudos, con la veste desceñida por el ansia de darse, en medio de la gloria de un campo en flor, sobre el oro de las parvas abatidas por la hoz del labriego.

Un olor penetrante de glicinas y avenas se desprende de sus versos; un regocijo cándido y pueril fluye de la estrofa engreída con los mirajes kaleidoscópicos de los crepúsculos mágicos.

El sentido que tiene de la vida tan fuerte y tan

hondo, imprime a sus creaciones todo el perfume idílico de la heredad de Booz y de los dulces cantos de Virgilio.

El amor en ella es sencillo, casi anacreóntico por lo alegre y sensual. Desconoce las morbosidades feroces de los celos y las mortificaciones de la desesperación. Para ella no existe el puñal y el veneno. Suple estas cosas malsanas con el sencillo encanto de sus alquerías rusticanas, en las que la yerba buena aroma y se propaga. Su alucinado instinto se prende a la vida como a una ubre ubérrima, y canta sus versos jocundos como canta la alondra en la mañana.

Cuando asoma, a las vegadas, la visión de la muerte, su optimismo se quiebra, y se complace entonces en sentir en los labios un sabor de ceniza y en poner en marcha una asquerosa ronda de esqueletos. Le pide al amado que arroje semillas de lirios morados sobre la descomposición de su materia para que, alargando sus ojos por los tallos, pueda seguir disfrutando del salvaje espectáculo de los crepúsculos, y le encarece que cave su fosa a flor de tierra para que sus átomos sientan las caricias del sol y de las brisas estivales. Estos eclipses que ensombrecen el cielo azul de su lírica, pasan pronto, y su alma vuelve a la vida con más amor, con más grandes anhelos de gozarlo todo, antes de que su cabellera encanezca, y su cuerpo se encorve, y su piel se marchite.

Las negras pinceladas de su pesimismo medroso recuerdan la costumbre de ciertos emperadores de la

antigüedad que, entre los regocijos del triunfo, cuando paseaban por las calles en delirio su prestigio guerrero, aclamados por las multitudes, el esclavo que llevaban cerca no cesaba de repetirles al oído: ¡piensa en la muerte...! Así la poetisa excelsa: en los repiqueteos de sus risas jubilosas, deja oír la voz del pesimismo esclavo que le grita: tu carne fragante se convertirá en gusanos pestilentes; las pomas de tus senos codiciados se reintegrarán al polvo; no seas atolondrada; piensa en la muerte...!

Juana de Ibarbourou posee el secreto personalísimo de elaborar la síntesis de un paisaje como nadie lo ha hecho: en un verso armonioso lo aprisiona, como a un moscardón tornasolado en dos pinzas de nácar.

Toda su poesía es de una plasticidad encantadora.

Lanza a sus enamorados felices por las carreteras deslumbrantes de sol, y los hace besarse con los labios empapados por el jugo de las moras silvestres, y se aman, sin que el pecado enserie sus rostros arrebolados por el aire del campo, y por la risa que brota interminable y cantante, como un chorro sonoro de fuente.

Los versos de esta poetisa admirable casi no saben del dolor sombrío.

Sólo cuando siente fatiga de sus visiones prerrafaelistas, canta, apasiblemente, su melancolía.

Ama la risa porque la risa es buena y es «enemiga de la voluptuosidad». Ama la alegría de vivir porque piensa, con Nervo, que es pecado estar triste, y ama

la luz apasionadamente, y le hace cantar como la estatua griega.

Para Víctor Hugo el Arte era lo azul; para Juana de Ibarbourou, es la Vida, inmortal por la carne omnipotente y por la savia fecunda.

EL HOSPITAL Y LOS GENIOS

Una crónica de Ramón Gómez de la Serna, el escritor voluntarioso y fuerte que ya conocía desde mis tiempos de estudiante a través de una biografía de Oscar Wilde, en la que aparece descarnadamente el genial sodomita con sus vergonzantes miserias y sus indiscutibles grandezas de comediógrafo, me trajo la visión de un incidente triste en la vida aventurera de don Ramón del Valle Inclán. Digo aventurera porque incluyo en el gallego insigne la personalidad del galanteador y devoto Marqués de Bradomín, el que dialoga con Rubén Darío en el cementerio de «Luces de Bohemia», envuelto en una capa española.

Valle Inclán cayó con los riñones deshechos, en un lecho de hospital. La fatiga de elaborar pacientemente las elegancias insuperables de su prosa; el asedio constante de los momentos lúcidos en que los nervios vibran acometidos por el furor divino de que nos habla Platón; la tortura de los desvelos febriles; las noches largas pasadas sobre la mesa de trabajo; la falta del método que conservó a Zolá tantos años sano y vi-

goroso como un chalanero, arrojaron a don Ramón en manos de los cirujanos.

Alguien había anunciado la gravedad del poeta de «Voces de Gesta», con una certidumbre desconsoladora. El espíritu trágico de la Pitonisa de Endor animó los labios del panfletista colombiano; del príncipe de la megalomanía detonante y empalagosa; del celebérrimo don José María Vargas Vila, que fue quien lo dijo. Formé una leyenda lúgubre alrededor de las frases doctorales del «gran lírico y del gran paradójico», como le llama Roxlo a don Chema. Esperé muchos días la catastrófica confirmación del cable, y, afortunadamente, ésta no llegó. Desvanecidas las primeras angustias por el silencio de la prensa universal, que era un augurio infalible y propiciatorio de que don Ramón vivía, la crónica de Gómez de la Serna me ha recompensado con creces las negras dudas sufridas en una larga espera de noticias verídicas. Con profunda zozobra devoro las líneas; paso por alto las digresiones impacientadoras; y sólo respiro cuando llego a la médula del relato anarquizante: «Valle Inclán ha vuelto a Madrid curado, animoso, declamador de una sola mano, persuadidor, mostrándonos su extraña cabeza estriada, cenicienta, como si estuviese espolvoreada por el recuerdo de todos los miércoles de ceniza...» El fotógrafo completa el milagro sugerente del escritor, con un buen grabado que ilustra la página: don Ramón aparece recostado en su lecho; los blancos almohadones levantan el busto y sostienen la

cabeza erguida y desafiadora; los grises cabellos coronan la frente; el mostacho colgante se confunde con la barba recia, formando un manchón de sombra en la albura deslumbrante de su camisa de enfermo; los aros de carey de sus anteojos enormes forman dos círculos de creyón que las cejas acrecen por arriba; los ojos penetrantes fulguran con fiereza tras el cristal de las gafas; el brazo único apenas se dibuja sobre la sábana; un cobertor que cubre las extremidades inferiores de su cuerpo, interrumpe la blancura que envuelve al gran pecador, como una nube de paz purificadora. Mis ojos curiosos se fijan en los ojos del Maestro, como queriendo penetrar en el jardín oculto de su alma. Bajo la frente anchurosa adivino una pajarera orquestal: tumulto de alas y sonar de flautas. El matiz de las plumas imaginarias y la harmonía del canto, forman una fábula pueril de la potencia lírica y musical de este maravilloso prosador del medioevo, enamorado de la prócer tontería de los blasones, que saturado de rancio españolismo, pone en su bandera «el arriba los muertos» de la fabla antigua, que esmalta y labra con las piedras preciosas de una sintaxis revolucionaria y única.

El donjuanismo del Marqués de Bradomín salta las tapias de los conventos; fuerza las puertas de las alcobas; turba las almas de las novicias, y casi llega a los dinteles del incesto de Lot. Su lascivia; sus devaneos amorosos; sus recursos inagotables de conquistador se diluyen en un sentido harmonioso de la vida;

en un sentimentalismo dulzón; en una sostenida vibración de poesía, que hace de la sombra del pecado una penumbra sabrosa y endemoniada, en la que se juntan delicadamente la luz solar del espíritu con el rojo crepúsculo de la carne convulsa.

Sus cuatro Sonatas son las cuatro columnas de su gloria, sobre las que se apoyan los miniados arquitrabes de sus libros misteriosos de tragedias y de penas.

Las vírgenes posesas que se retuercen de espanto; los espejos embrujados que se quiebran; los gatos negros que enarcan su lomo fosforescente y abren en la sombra el maléfico hechizo de sus ojos recargados de enigmas; las videntes que, cerrando los ojos, predicen las tragedias lejanas, que arrojan sobre los espíritus medrosos el calosfrío del misterio; las enamoradas místicas que languidecen entre los inexorables confesores que condenan sus culpas y los amantes exaltados que las arrastran a ellas; las teorías tenebrosas de mendigos hambrientos, guiadas en la noche por el calavera infanzón de «Romance de Lobos»; el poeta que muere de hambre; la adúltera suicida; los exorcismos de La Saludadora, que matan al fraile libidinoso; los conspiradores que cruzan la frontera de su exilio, para cumplir el encargo de un moribundo, y que pagan la hospitalidad con el estupro de una sobrina núbil, que asesinan después: todo esto se dibuja en los miniados arquitrabes de sus libros misteriosos de tragedias y de penas. Valle Inclán se hace pagar muy cara la suprema delectación que produce. Es el Julio Ruelas del

Verbo, sugerente y macabro, que nos atrae con las Sirenas de su Estilo y nos tortura a su antojo, con una tortura lenta de pulpo, que nos succionara el alma poco a poco...

Nuevamente la cama de un hospital ha sido glorificada por la presencia de un gran poeta. La vejez de Valle Inclán buscó el refugio de una casa de salud. Herido de muerte por el trabajo, el neblí de las letras castellanas plegó las alas cansadas bajo el techo indiferente y hosco, el mismo techo enano que cobijó la horrible agonía de Edgar Poe y la jovial miseria de Verlaine. Estos cayeron vencidos por el vicio: don Ramón estuvo a punto de morir por el exceso fecundo del trabajo. Ha quedado el «viejo cabecilla», como quedó Miguel Angel, deformado por la fiebre sagrada.

Alabemos el sacrificio de este espíritu grande, y el heroísmo homérico de este Dux del estilo, y la resurrección milagrosa del Maestro que lleva colgado el escapulario del cartujo junto con las insignias cabalísticas del masón.

GREGORIO MARTINEZ SIERRA

ESTE poeta prerrafaelista de los manteles limpios, de los cristales sonoros, de los panes dorados, de las fresas rojas «que parecen corazones», de las frutas en sazón, que canta alegremente los chaparrones de junio y el aroma sabroso de la tierra mojada «que huele a búcaro»; este prosador optimista es un glosador apasionado de la humilde felicidad hogareña; es el cantor jocundo de las travesuras del sol que juega en el prisma de los vasos llenos de vino rojo, que enjardina las bocas de sonrisas en las tertulias ilusionadas de los bohemios sin hambre. Optimista admirable que prodiga su emoción caudalosa, y nos contagia con la fe de su alma, y nos ofrece sus paradojas sentimentales y sus estupendas orquestaciones verbales que nos dejan en el espíritu una sensación de bienestar y una plenitud alucinante y radiosa.

Martínez Sierra es el poeta de la Primavera. Sus libros llegan como Ruth, cargados de espigas, saturados de un olor de selva y de huertos en flor.

Canta en prosa; canta en verso; canta siempre, iluminado y tranquilo, la alegría un poco triste del vi-

vir...! Hila tu rueca, araña; hila tu trino, alondra; arroyo, fuente, río, agua que corres, hila tu canción! Así glosa el poeta las maravillas del Universo, con esas maravillas de estilo; así el colorista derrocha las pinceladas líricas en sus geórgicas virgilianas; así nos introduce a sus jardines, y nos llena de aromas, y nos baña de espumas, y nos unge de mirras paradisíacas...

Bien haya quien así interpreta el misterio inquietante de la vida; el guinda de los labios; el amor de los ojos; la caridad de los corazones femeninos; el himeneo de todas las mujercitas honestas, que se van de verbena, por los caminos reverberantes, bajo el sol del domingo, con sus novios felices... «Es agosto, amor, y las estrellas corren; ven conmigo a mirarlas y a soñar deseos para que nuestra suerte diga que sí. Alma, despierta; alma, pregunta; alma, sueña mentiras alegres; alma, di tu canción de serenata limpia, fresca, pacífica, riente, de hora de gozo, de noche de luna; el río pasa; las ramas se mueven; el viento cuenta; el silencio habla; el tiempo se duerme; la mariposa despierta los aromas de los juncos rozándoles con sus alas de terciopelo; la luz blanca se baña en el remanso; pasa un buho volando quedo; se oye un un trino romántico en la copa de un fresno; el amor va llegando. ¡Que ría la novia! ¡Que cante el cuco! Estas son las serenatas embelesadas de Martínez Sierra. ¡Que ría la novia! ¡Que cante el cuco! ¡Oh, gran poeta niño que reproduces el milagro de Scherazada, engañando la crueldad de la vida con tus

cuentos milagrosos de ventura imposible... Sí, que ría la novia, que cante el cuco, a pesar de las sombras; a pesar de las lacerias de nuestra neurosis; a pesar de las filosofías que nos torturan; y de las ansias de infinito que nos devoran; a pesar de los odios que nos circundan: ¡Que ría la novia! ¡Que cante el cuco!

LOS APOSTROFES DE PAPINI

JUAN Papini ha logrado alcanzar en los tiempos modernos, con su «Historia de Cristo», tanto relieve y tanta celebridad, que casi se puede asegurar, sin paradoja, que el éxito obtenido por su libro magistral solamente podría compararse con las ruidosas victorias conquistadas por Hugo, por Zolá, por D' Annunzio, por Dicenta y por Rodó, con «Hernani», «Naná», «El Fuego», «Juan José» y «Ariel».

Obra es esta que le ha consagrado definitivamente. Libro de amor, libro de pasión, libro de análisis profundo en el que vibra el alma del autor línea por línea y página por página. Lo escribió lejos del mundo, escondido en el corazón de una montaña italiana. Retirado orgullosamente del contacto social, se dio a forjar su poema estupendo con el tesón de un cíclope, inmenso y solo, suspendido en la cima, como una estrella en el cielo. Con pocos libros en su maleta de viaje, despreciando el consejo de maestros y amigos, deja correr su fantasía calenturienta por los intrincados bosques de la Historia, y saca de ellos ese lirio blanco y puro que se llama Jesús. Lleno de fuego y entusiasmo, arreba-

tado por el vuelo de su cólera ardiente, impreca, maldice, ruge y despedaza todo lo que se opone, en un largo trayecto de siglos, a la fe luminosa que lo exalta. De los férreos exámetros de la Ilíada, brinca a las trampas metafísicas de Platón. Glosa las maravillas de la mitología helénica, para atisbar después en todos los rincones del pensamiento heterodoxo, lanzando denuestos fulminantes contra Voltaire, contra Nietzche y contra Renán.

Impetuoso y bronco, salta las peñas de la Negación, salva los abismos de la Razón, irisa los fangos de la incredulidad, y se desliza por el cauce de sus afirmaciones rotundas, hasta perderse en el océano sin fondo de su amor al Galileo.

Vibra en sus apóstrofes candentes la cólera terrible de Isaías; satura sus admoniciones con el místico exceso, con el fervor uncioso que David puso en sus Salmos. Todo el pesimismo del Eclesiastés ensombrece su concepto del mundo. Por la senda tenebrosa de esa noche tan larga, aturde con sus ásperos graznidos de cóndor encolerizado que picotea y acosa a la bestia-hombre, que va por el sendero expiatorio abrumada con su carga de crímenes...

Hace del Antiguo Testamento una concreción admirable; suprime la nomenclatura de las brumosas genealogías; sigue al pueblo elegido a través del desierto, afirmando, a pie juntillas, los milagros de la columna de fuego y de la nube blanca que le marcaba el rumbo de la Tierra Prometida. La condensación de

Papini quita a la Biblia las arideces insoportables, y las tautologías, y los pleonasmos que la hacen pesada y obscura. Extrae de ella, con sabia elección, lo de más jugo y substancia. Es como el orfebre que quita al oro la materia impura que lo desluce; es como el lapidario que pulimenta el diamante con su propio polvo, y lo monta en un aro que le ayuda a que luzca vanidosamente sus facetas labradas. Las bellezas esenciales del libro de los libros, las reproduce intactas, como reproduce un lago dormido el temblor de las estrellas en una noche clara.

El poeta que se esconde en el alma atormentada de Papini, enmudece al oír la voz encantada de la ardiente Sulamita de Salomón. Se pára, absorto, en el dintel de ese huerto de aromas paradisíacos, y no penetra, tal vez, por el temor de embriagarse.

Del cálido tumulto de sus ditirambos surge la vigorosa imagen del hosco predicador, envuelto en una piel de camello. El indómito bautista, con su melena hirsuta, con su gesto amenazador, atraviesa las páginas como un soplo de muerte. Preso el león en las mazmorras de Herodes, desde el fondo de su celda se levanta su voz condenatoria, que hace temblar el corazón de Herodías. La Danza de los Siete Velos, la embriaguez repugnante del feroz Antipas, las voluptuosas ondulaciones del cuerpo tentador de Salomé, hacen que Papini forje un drama espeluznante de este pasaje sangriento y trágico, y que su exaltación lírica se desborde, como una cascada de fuego, y execre, y

maldiga, y flagele y arda, crepitante y amenazador, como un incendio que avanza...

Aquieta sus vengadoras cóleras para llegar, temblando de fervor, al paupérrimo establo de Belén. Alli está el Mesías anunciado por los Profetas; allí está el recién nacido tumbado en un pesebre, calentado por el vaho de unas bestias mansas y buenas; allí está la Virgen Madre mirando al niño amorosamente; allí están los tres Magos de Oriente, que corroboran el prodigio de las Escrituras...

Papini sigue los pasos inseguros de Jesús hasta que se vuelve adulto, y se ciñe a su vida milagrosa, como un manto de luz.

Ya en plena actividad demoledora, no hay gesto del Nazareno, ni ademán, ni milagro, ni parábola, que el escritor no desmenuce, escarbe y analice, pretendiendo desentrañar todo el sentido oculto, todo el maravilloso poder de las prédicas mesiánicas.

El Sermón de la Montaña le merece un comentario elocuente y enternecedor, la multiplicación de los panes, la resurrección de los muertos, la salud de los tullidos, la noche de Getsemaní, la transfiguración, la traición de Iscariote, la negación de Pedro, la cobardía de Pilatos, los insultos de la plebe judía, los tormentos del Monte de la Calavera, el amor de Magdalena, y los Discípulos de Emaús, son temas que Papini aborda magistralmente, comunicándoles una vibración sublime y patética, dándoles todo el fuego de su alma y empapando la pluma de lágrimas. Es aquí cuando el

escritor se revela en toda su grandeza; es aquí donde el genio sombrío de Papini llega hasta la sublimidad de Shakespeare; es aquí donde se ve la estrechez de la palabra humana, que pugna en vano por traducir la ignición interior de ese volcán que trepida, vomitando llamas que incendian los horizontes, y cenizas que obscurecen los cielos...

Es tan grande la fe de Papini, tan sincera su credulidad en los milagros, tan ardientes sus anatemas, y tan valientes sus afirmaciones, que no se sabe qué admirar más en él, si sus deslumbrantes paradojas, o sus conclusiones únicas y exaltadas.

La gran virtud de su libro consiste en que, después de leerlo, se siente uno más bueno, más apto para el dolor, más abnegado con su suerte, más accesible a los dolores ajenos. Los orgullos juveniles se quiebran, las arrogancias endemoniadas desaparecen, las vanidades se ofuscan, los egoísmos se apagan... Sólo queda en nosotros la luminosa y consoladora certidumbre del bien, encarnado en Jesús, y la huella astral de su amor infinito y de su martirio espantoso.

En el libro de Papini no hay retórica, ni rebuscamientos, ni alardes de erudición, ni pomposidad de estilo; hay ardentía combativa, amor exultante que, en su divino exceso, tiene arrullos y lágrimas, y gritos desesperados, y sangre de heridas hondas y de dolorosos alumbramientos: por eso vivirá más que él, por eso será eterno, con la eternidad cambiante de la materia, que dijo el poeta...

CASCABELES DE PLATA

CHAPULTEPEC

A Juan B. Alfaro

Los que saben de historias y leyendas aseguran que la colina de Chapultepec fue descubierta por los toltecas el año de 1122 de nuestra era.

Campos, en un hermoso opúsculo exornado con mayúsculas rojas, dice que Tenoch, sacerdote de los aztecas, llegó allí con su tribu en 1245.

Los mexicanos construyeron albarradas en la cumbre del cerro para defenderse de los ataques de sus enemigos, que poblaban los lagos circundantes, hostilizándolos constantemente desde sus canoas.

Los tepanecas se hicieron a la postre dueños de la codiciada ciudadela, sometiendo a los aztecas al yugo del vasallaje.

Instalada la sede en Tenochtitlán, dueños los mexicanos de las anchurosas lagunas, los emperadores de la clan victoriosa eligieron a Chapultepec como lugar recreativo.

En él levantaron un adoratorio a sus mitos sangrientos; y en él depositaban las urnas con las cenizas veneradas de sus próceres muertos.

Netzahualcóyotl, el David romancesco, el «bronce con arrullos» de la leyenda de oro, llega abrumado de gloria, vencedor del tirano Maxtla, rey de Atzcapotzalco, a residir entre los mexicanos como huésped de honor.

Habiendo expresado su deseo de construir un palacio en Chapultepec para morar en él, los aztecas pusieron a su disposición un numeroso grupo de obreros para que se llevara a efecto la edificación. Mientras duró ésta, el valeroso príncipe, que sabía de las trovas de amor y de las enconadas persecuciones; que había vencido a los Argos tenaces y a las bravas panteras de lustrosas y manchadas pieles; que había esquivado el flechazo envenenado y artero con la misma arrogancia con que sabía partirles el corazón a las fieras, dióse a la tarea de plantar ahuehuetes en torno de la pétrea colina.

Plantar árboles y cultivar jardines ha sido el entretenimiento preferido de algunos grandes espíritus. Cuentan que Bonaparte, para endulzar un poco el amargor insufrible de sus horas tediosas, cultivó en Santa Elena un jardincito con paciencia y amor; Gabriela Mistral ha expresado alguna vez que esa era su ocupación predilecta.

Juntos estarán en la Historia por su afición a las rosas y los tallos el león y la alondra; juntos en el mismo deleite de aspirar el perfume de las flores que se abren en el virgiliano esplendor de la mañana, y juntos también en la inmortalidad.

¿Pensaría Netzahualcóyotl en la posteridad al plantar los sabinos? ¿Y quién ignora la suprema debilidad que los poetas tienen por el fantasmón de la gloria? El viejo Esquilo dedicó sus tragedias al Tiempo, y el poeta de «El Fuego» lo ofrendó también al Tiempo y a la Esperanza....

Como Netzahualcóyotl era, a la par que trovero, poeta de la acción, canalizó las albercas, y mandó construir el primer acueducto que llevó sus aguas a la ciudad hasta la llegada de los fieros centauros del solar castellano.

El 26 de mayo de 1521 don Hernando desalojó de Chapultepec a sus guardianes, formalizando el sitio de Tenochtitlán.

Su primera providencia fue destruir los acueductos.

Después de algunas deliberaciones con sus capitanes, mandó levantar una fortificación en la cumbre del cerro, a fin de que lo pusiera a salvo de una coalición entre las tribus y de sus agresiones probables.

Dueño absoluto Cortés de Anáhuac, convirtió la fortaleza de Chapultepec en fábrica de pólvora. Una formidable explosión ocurrida en el año 1784 terminó con ella.

De los veneros exhaustos de las tres albercas no brotaba el agua suficiente para el abastecimiento de la capital; se decretó entonces la demolición del acueducto, quedando en pie, como recuerdo histórico, veintidós arcos del mandado reconstruir por el virrey Bu-

careli y que subsisten todavía en la avenida Chapultepec.

Es fama que Moctezuma II, prisionero de los españoles, se entregaba en el bosque al deporte varonil de la caza, custodiado por los alabarderos incondicionales del amante de doña Marina.

Cuando penetraba silencioso y huraño a la alberca que lleva su nombre, ¡cómo recordaría los deshechos esplendores de su tiranía, cuando todos sus siervos bajaban los ojos si él los veía, y cuando no quedaba ninguna cerviz enhiesta al paso de su persona y del cortejo real...!

Allí, en aquellas linfas claras y tranquilas, ¡cuántas veces su cuerpo, agobiado por la laxitud del amor, recobró en su frescura el perdido vigor, y cuántas otras cogería con la mano una estrella reflejada en la linfa clara y, temblante, la tendría aprisionada como un cocuyo enorme y fosforescente...

En esas aguas se licuó la princesa sorprendida en el baño por un Acteón indiano, y dicen que fue tanto el rubor que sintió la prócer núbil, que al hundirse en las ondas para no surgir más, el agua, con transparencias de diamante, se coloró con un reflejo de incendio, como si un crepúsculo hubiera hecho explosión en la gran esmeralda de la alberca.

Los virreyes mandaron demoler el palacio de Netzahualcóyotl, construyendo en su lugar una residencia veraniega.

En el sitio donde estaba el adoratorio de las san-

grientas liturgias, levantaron una ermita a San Francisco Javier.

En 1785, el virrey don Bernardo de Gálvez puso los cimientos del actual castillo, ocurriendo su muerte cuando no se terminaba aún la obra empezada por él.

Bajo el Imperio de Maximiliano se llevó a efecto la restauración del castillo. El arquitecto don Ramón Rodríguez Arrangoite y el pintor don Santiago Rebull fueron los que realizaron su transformación y embellecimiento, conforme a los refinamientos aristocráticos del archiduque.

Napoleón III obsequió al débil instrumento de sus ambiciones hermosos muebles y valiosos tapices.

La volandera fantasía de Carlota llenó los salones de un lujo ostentoso: los jarrones de alabastro, los tibores chinescos, las estatuas de bronce, las figulinas de mármol: todo fue proveído por su refinamiento exquisito.

¿No imagináis la sonrisa desdeñosa de Juárez al contemplar toda esta pompa vana? Él, que llegaba del desierto con la marca del sol en el semblante; él, que venía del estrépito de la lucha con las manos fatigadas de crisparse en todas las imprecaciones; él, que venía de hacer la guerra como los gigantes, combatiendo a montañazos, según el bello y elocuente decir de Víctor Hugo; él, desdeñando todo aquel boato estéril, les tendería la mano, preñada de relámpagos, a las sombras de los fieros sagitarios del Mártir de Izancanac, y a los bravos aguiluchos que se rompieron

las alas al dejar el nido empujados por los huracanes del 47. Fue entonces cuando los invasores del Norte hicieron desaparecer el bello relieve del águila azteca esculpida en un flanco roqueño de la colina.

Los floricultores han cuidado, con celo votivo, de que todas las flores que se abran al pie del castillo sean rojas, como gotas de sangre.

Hoy la ola trepidante de los automóviles invade las avenidas. Ya el bosque no huele a resinas y flores, sino a gasolina quemada.

El poeta Escobedo, en sus «Cauces Hondos», se queja de esto amargamente.

En el lago no pululan las canoas alígeras de los Caballeros Leones exornados con plumas de quetzales, sino las lanchas que se alquilan a tanto por hora.

Los jardines aéreos, las araucarias esbeltas, las florecillas policromas que prosperan en los macetones, quedan aislados orgullosamente en la planta superior del castillo.

El Caballero Alto, antena de graníticos arreos, vigila la Ciudad de los Siete Lagos Muertos.

Chapultepec, eternamente joven a pesar de los siglos que lo abruman, es el más alto exponente de heroísmo de esta América ingenua de Darío, «que aun reza a Jesucristo, y aun habla en español...»

LAS MOLIENDAS DE MI TIERRA

Acabo de doblar el Cabo Treinta, las tres décadas que tanto hicieron lamentarse a Espronceda, y veo, sin embargo, tan lejanos mis tiempos estudiantiles y a la vez tan precisos, que, con poco esfuerzo, he logrado reconstruir las escenas pastoriles que pasaron por mis ojos deslumbrados en los huertos perfumados de mi solar natío.

Mis andanzas renovadas por otras latitudes; la visión kaleidoscópica de variados panoramas; y el trato con otros seres distintos en su conformación espiritual, no han logrado atenuar mi fervor por el terruño.

La galante invitación de dos estudiantes tamaulipecos para que coadyuve a la formación de una monografía que se hará con motivo del primer centenario de la translación de la capital del Estado de la población de Padilla, donde la había establecido el gobernador D. Juan Francisco Gutiérrez, a la de Aguayo, que cambió su nombre por el de Victoria, en honor del primer presidente de la República, según decreto de 21 de abril de 1825, me ha hecho pergeñar esta lírica prosa, dejando libre vuelo al estilo, no ciñéndolo a

la tiranía de fechas y acontecimientos, no queriendo citar nombres ilustres, que ya plumas mejor cortadas que la mía han hecho el panegírico de Servando Canales, el Héroe de «Las Antonias»; de Juan José Méndez, el Héroe de Tantoyuquita; de Juan José de la Garza, el ilustre político, pariente consanguíneo de mis abuelos; y de Juan B. Tijerina, el insigne educador y el altísimo poeta de inspiración tormentosa.

Mucho se podría decir, hojeando la Historia, del desembarco del general don Francisco Javier Mina, en el puerto tamaulipeco de Soto la Marina, ocurrido en el mes de abril de 1817; así como del arribo al mismo puerto del ambicioso don Agustín de Iturbide, fusilado en Padilla, y bajo cuyo efímero Imperio, había dejado de llamarse Nuevo Santander para recibir el nombre de Tamaulipas (lugar en que hay montes altos). Mucho se podría decir también de la expedición de Barradas, que invadió Tamaulipas, siendo derrotado en septiembre de 1829 por los generales Santa Anna y Terán; de las incursiones de apaches ocurridas en 1840; de la expedición de filibusteros texanos en 1842, al mando de tres generales; y, retrocediendo en el tiempo, seguir los pasos del coronel Escandón, que consumó la conquista de Tamaulipas con setecientos cincuenta soldados y dos mil quinientos colonizadores entre mestizos y españoles de ambos sexos. Don José de Escandón, según el informe que rindió en Querétaro al conde de Revillagigedo, del 1º de diciembre de 1748 al 13 de octubre de 1755, fundó y organizó las poblaciones si-

guientes: Altamira, Horcasitas, Escandón, Santa Bárbara, Llera, Hoyos, Aguayo, Güemes, Padilla, Capital de Santander, Santillana, Soto la Marina, San Fernando, Burgos, Reynosa, Camargo, Mier, Revilla, Dolores, Real de los Infantes, Real de Borbón, Palmillas y Laredo.

Las setenta y dos tribus que, al decir de Orozco y Berra, poblaron el territorio de Tamaulipas, apenas si dejaron huellas de su paso, según se desprende de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo por el talentoso ingeniero don Alejandro Prieto, al Sur del Estado. El Virreinato no levantó en Tamaulipas esos monumentos de piedra que son el orgullo máximo de México, Tepozotlán y Querétaro, ni puso en sus hastiales la sonrisa de sus policromas cerámicas.

Muy a mi pesar, he tenido que hacer esta breve digresión, acaso demasiado iudigesta. El grave doctor con gafas, de voz campanuda, achacoso y reumático, que me dio un mal rato haciéndome escribir fechas y citar sucesos, ha cerrado sus viejos infolios, gruñendo al marcharse, encorvado y atáxico, por la llegada del duendecillo arlequinesco de la lírica prosa.

Las tristezas que me abruman hogaño han dejado también el paso a los cascabeleros regocijos de la infancia, y el corazón adolorido goza en rememorar aquellas sonrisas puras, aquellas inefables embriagueces de esperanza, aquellos optimismos rutilantes que cabalgaban sobre Pegasos de fuego... El alma cae de rodillas

ante la procesión eucarística de mis recuerdos, y todos los perfumes de mi turíbulo los quemo fervoroso en el altar de mis ídolos: mi madre me tiende los brazos para acogerme en regazo amoroso, ungiendo mis heridas con el bálsamo de sus manos luminosas. Mi novia me espera en la ventana para darme el milagro de sus miradas arrobadoras y de sus sonrisas ingenuas... Mi hogar abre sus puertas hospitalarias para sentarme a su mesa, en la que humea el chocolate reparador, y el perro amigo, casi ciego por los años, se enrosca a mis pies, mientras devoro ansiosamente los bollos dorados, los más cargados de azúcar, los más gratos al paladar...

Mis camaradas de escuela han dejado los libros en reposo. Las anheladas vacaciones cierran las aulas. La inquietud de nuestras vidas, que empiezan a desflorar todas las virginidades del sentimiento, se desborda como una cascada, coronando las flores del camino con los mágicos rocíos del entusiasmo... Vamos de expedición, alegremente, a los molinos aledaños, en una mañanita dorada y azul, trotando por las amplias carreteras, correteando por entre los jarales aromáticos que bordan las márgenes sinuosas del San Marcos, en cuyos claros remansos hallamos alivio al calor sofocante de la marcha. Qué alboroto cuando sentíamos el mordisco de los pescaditos; qué chapuzones para buscar en el fondo la piedra tirada adrede por alguno del grupo desnudo; qué regocijo cuando el más afortunado de los buzos volvía a la superficie con el objeto

buscado; y qué rabietas cuando algún travieso escondía la ropa tirada en la orilla...

Más animosos seguíamos trotando bajo la sombra de los higuerones, hasta llegar a los cañaverales en siega: precipitarnos sobre los montones de cañas moradas, hundir los dientes en la fibra blanca y jugosa, eran el preludio de la fiesta bucólica.

Después del hartazgo de sabrosas mieles, nos agrupábamos en torno del viejo perol en el que hervía el melado ambarino, despidiendo olores provocativos. La curiosidad engolosinaba los ojos en el proceso de la cocción y el murmujeo del hervor incesante adormecía nuestras querellosas impaciencias.

Cuando el melado está en punto, lo vacían, con grandes cucharones, en toscos moldes de barro de forma cónica que humedecen antes para que no se pegue la miel, elaborando de este modo el «piloncillo», que es lanzado al mercado con camisas de paja.

Otro de los procedimientos típicos de las moliendas tamaulipecas es el de las «calabazas en tacha». El fruto maduro es agujereado con un punzón grueso. Después se echa a la miel hirviente hasta que se acendran en el corazón todas las mieles, resultando un postre exquisito. Empapada de almíbares, ennegrecida la satinada corteza, con los gajos túmidos, es sacada del fondo del cazo y puesta en una mesa grande para que se enfríe.

Organizamos el retorno por los mismos senderos. El hartazgo nos hace perezosos. El cielo de turquesa,

las ardientes llamaradas del sol, los granados en flor, las parras agobiadas de negros racimos, los tulipanes que salpican de goterones rojos el verde de sus follajes, las carretas rechinantes atiborradas de coles, zanahorias y lechugas, las mozas que nos daban agua fresca en cántaros nuevos, los perros vigilantes que nos ladraban, el olor de boñiga que salía de los corrales, el bramido de los toros en celo: todo nos hacía sentir una embriaguez de vida que reventaba en una risa loca, triunfadora y gárrula...

¡Ventura aquella tan llena de sortilegios! Primer amor, serenatas en la ventana de mi Margarita, primeros bailes en Tamatán, Nochebuena en el hogar, después de las Posadas jubilosas en que noche a noche veía a mi novia pasar con la Virgen en andas, vestida de blanco, envuelta en los perfumes del incienso, por las naves del templo, y caía de rodillas, temblando de amor, alucinado por el poder divino de sus grandes ojos negros...!

Y después de tantos años me parece todavía estar de hinojos ante los blancos fantasmas de mis fetiches rotos y de mis amores muertos.

LOHENGRIN

En el regio castillo de un feudo señorial de la Germania romántica del medioevo, rodeado de arboledas verdegueantes y dorado por el sol de la mañana, entre la sinfónica algarabía de los pájaros madrugadores y los suaves matices de un cielo azul, coronando los graníticos torreones, se destacaba la figura de Fritz, como arrogante Argos que avizoraba infatigablemente los horizontes cambiantes de turquesa y oro... Hosco y sombrío veía hormiguear en la distancia el rebaño de parias, cimero y desdeñoso, con el ceño fruncido, sintiendo la embriaguez de la altura cuajarse en una sensación inefable de superioridad y en una certeza nigromántica en la realización de sus altos destinos. Poseído de una ambición frenética, esclavo de los instintos como Segismundo, forjaba intrigas como un cincelador forja puñales. Engreído con sus triunfos personales en un medio apocado de eunucos, tenía la certidumbre de que nadie se atrevería a disputarle la mano de la heredera del Duque de Brabante, dueño de la rica posesión. Había jurado que la bella Elsam sería su esposa; aunque para lograrlo tuviera que

mancharse las manos de sangre. Y no era amor lo que sentía por ella, sino un torpe deseo urgido y desesperado. Los títulos y los blasones lo enloquecían. Soñaba en escudos heráldicos y áureos roeles, con la misma torturante obsesión con que Lady Mácbeth veía sus manos manchadas de sangre. Cuando su boda se realizare, cuánta pompa y cuánto esplendor; cuánto lujo y cuánta magnificencia. El iría a la cabeza del cortejo de bodas, seguido por los paraninfos atónitos, deslumbrados de tamaña fortuna. Los trovadores cantarían melodiosos epitalamios, y la corte de amor los circundaría con su blancura, como las estrellas de una constelación eucarística... Se aislaba para gozar a su talante de estas fantasmagorías de orgullo y de poder, de vanidad y de riqueza. Se aposentaba en las altas almenas del castillo para atisbar los contornos. Allá arriba, sintiendo la caricia de los vientos perfumados, embriagado por la fiesta de colores de la Naturaleza, le parecía comunicarse con el espíritu de las cosas que vibraba en el éter, que ondulaba en el río, que reventaba en el lirio, que volaba en el colibrí, que brillaba en las estrellas, y que ascendía en el vuelo sereno de las águilas; pero, con todo, hubiera querido volar más alto, hasta tocar las gemas estelares, como la doncellita taumaturga de Rubén; ir más arriba en busca del Paracleto y del Demiurgo...

Cierta ocasión una visión lejana le distrajo de sus habituales fantaseos: Sobre la clara esmeralda del lago inexplorado, vio avanzar lentamente un esquife re-

molcado por un cisne gemelo del de Leda: el cuello se curvaba grácilmente como un flanco de lira. De cuando en cuando su pico de coral se sumergía en el agua dormida, para erguirse después más lustroso y esbelto. Dentro del esquife iba sentado un hombre de fiero entrecejo, que la leyenda apodaba: El Caballero del Cisne. Nadie hubiera podido saber de dónde venía. Gustaba rodearse del misterio más impenetrable. Todas las curiosidades preguntonas se estrellaban contra su hermetismo agresivo. Fritz, poniéndose la mano a guisa de visera sobre la frente desnuda, para evitar el deslumbramiento del sol, veía fijamente la lejana blancura como una claridad espectral, como la apariencia embrujadora de una cristalización imposible. Cuando hubo precisado mejor los contornos del navegante exótico, se sonrió desdeñosamente, acariciando el bruñido pomo de su espada, y se dispuso a bajar de su enorme atalaya. Descendiendo por la suave rambla de arena, llegó a la orilla del lago. Distante estaba aún el Caballero del Cisne, y ya Fritz lo interpelaba con áspero tono y gesticulación insolente. Lohengrín oía desgañitarse al fantoche sin hacerle caso, acostumbrado a oír a los mastines ladrarle a la luna. Era tanta la impaciencia y la cólera de Fritz, que cuando saltó a la arena el Caballero del Cisne, ya lo encontró con el acero desnudo y apenas si le dio tiempo para empuñar el suyo. La pugna fue corta y fulminante. Los aceros chocan furiosamente. Los contrincantes se miran con odio y se colman de ultrajes. Las piernas,

entre dislocaciones grotescas y saltos felinos, se abren y se cierran con nerviosa presteza. Los brazos en alto se retuercen como las antenas de un pulpo disparatado. La arena cruje, desparramando su polvo de oro con las pisadas furiosas del trágico bailoteo. El sudor perla las frentes altivas. El jadeo reseca los labios hinchados por la cólera... Por fin se ve caer a Fritz, con el pecho atravesado, contorsionándose como un epiléptico. Roncos clamores borbotean sus labios; raya la arena con pies y manos, pugnando en vano por incorporarse; crispa los puños rabiosamente sobre la herida sangrante que lo tortura, hasta que la vida se escapa, quedándole a flor de labio el altanero gesto de sus días de gloria, y en los ojos opacos una infinitud de misterio y de asombro, tal vez por el hallazgo súbito del Paracleto y del Demiurgo...

Elsam agradece su liberación inesperada al Caballero del Cisne, y la juventud de éste, su arrogancia y donaire, le cautivan el corazón. Se aman intensamente, con todo el fuego de sus corazones en pleno florecimiento de esperanzas. Saben del encanto de todas las ternezas, musitadas con trémolos de arrullo bajo la luz de ensueño de los novilunios. La aurora los sorprende muchas veces cantando la marcha triunfal de sus sueños de amor. Y cuando ya arden en el supremo instinto de la especie, pidiendo sus coloquios la intimidad fecunda del tálamo, el Caballero del Cisne, el lírico Jasón del lago inexplorado, le ofrece a Elsam casarse con ella con la condición única de que nunca

le preguntase nada de su vida. La moza enamorada acepta sin pesar la despótica limitación privativa. Agotados los preparativos, sus destinos quedan unidos indisolublemente. Las fiestas de la boda son rumbosas. La alcoba de los desposados se llena de misteriosas claridades y de divinas músicas.

Pasado el deslumbramiento mirífico de la iniciación, que acrecentó su amor hasta el delirio, Elsam empezó a comprender la enormidad de la limitación impuesta por su marido. Cuando le veía alejarse en su esquife blanco tirado por el cisne de nieve, sentía impulsos de seguirlo, como esos pájaros que siguen las embarcaciones para tener un refugio seguro en las tormentas, a través del océano. El misterio de que se rodeaba su dueño le ponía espinas en la frente. Los celos fantaseadores empezaron a desplegar el vuelo. Las rivales supuestas le hacían guiños desde el fondo de balconadas imaginarias, entremezclándose en su magín como las arenas voladoras del desierto... Desesperada con tan grande inquietud, cierta mañana, sintiendo obscurecida su vista por un golpe de sangre, se abrazó al amado con inusitada vehemencia. Y la pregunta prohibida floreció en sus labios, donde se quebraban los sollozos contenidos: dime tu vida; dime a dónde vas... dime que me engañas; dime que no eres mío... El Caballero del Cisne, inflexible y despótico, la rechazó violentamente, reprochándole su imprudencia irreparable. El esquife de Lohengrín volvió a surcar las aguas. La pobre enamorada lo vio

alejarse con la esperanza del retorno. El fugitivo se perdió en la lejanía para no volver nunca. La blanca visión, empequeñeciéndose gradualmente, se borró en la distancia azulenca, como se borra un celaje que desgarra el viento.

La obsesión de la espera y la intensidad del dolor hicieron naufragar la razón de la pobre enamorada en un mar de lágrimas que corrían de sus cándidas pupilas, inmóviles y fijas en el punto del horizonte donde se había perdido el esquife; inmóviles y fijas como dos estrellas azules; inmóviles y fijas como las de esas águilas que los viajeros hacen prisioneras en el Asia y que mueren de nostalgia en la jaula, con los ojos clavados en los Montes Urales.

Como un espectro doliente vagaba entre las sombras de la noche, llamando al amado con gritos desgarradores. El viento hacía rodar en la distancia el eco escalonado de las voces trémulas de llanto... Y el grito del corazón volvía a salir más intenso de la garganta ronca de la loca, aullido de loba destrozada en la trampa, que muerde el hierro que la atenacea; clamor supremo de bestia que se desangra bajo el puñal del verdugo... Angustia y desolación infinita, estertores de agonía, ansias de muerte, retorcimientos desesperados de un cuerpo que se abrasa en las llamas de una hoguera, todo el trágico ulular de los descuartizamientos paulatinos, todo el ritmo monó-

tono de la gota que horada los cráneos en las liturgias negras de los atormentadores antiguos, palpitan redivivos en los gritos de Elsam, como en un caracol canta el oleaje su murmullo eterno...

ROMERIA SENTIMENTAL

JUVENTUD, DIVINO TESORO

ELLA, cansada de corretear por las verdes colinas inundadas de sol, se desplomó bajo la sombra de un álamo, sobre la hierba, y resoplando sudorosa y sonriente, se quitó la gorra blanca, arrojándola sobre la red tirante de la raqueta del tennis. Así, apoyando el busto sobre la nívea columna del brazo, hundiendo nerviosamente sus dedos de nácar en la revuelta cabellera endrina, y mordiéndose los labios carnosos de un carmín de granada madura, esperaba la llegada de su compañero, que le sonreía desde lejos.

Arriba pasaban parvadas de pájaros que, cansados al fin de sus revuelos, se metían entre las copas de los árboles para continuar su gárrula salutación matinal. Más arriba se veía la comba infinita de un cielo de jaspe; y abajo, hacia el Poniente, espejeante y tranquilo, un lago de tonos de acero punteado de ocas inquietas, y en la orilla fangosa florecillas azules y claveles en flor. Sobre las hojas mojadas y las alfombras de zacatillo, brillaban las perlas que el riego de los jardineros había dejado prendidas. Los vientos no destapaban sus odres todavía: Céfiro y Fabonio esta-

ban dormidos. Los mechones cenicientos del heno, que colgaban de la recia ramazón de los sabinos, permanecían inmóviles, como estalactitas de una gruta de verde cristal.

Lentamente llegó hasta donde estaba sentada la muchacha, un joven alto, flaco, de manos huesosas y trémulas, enfundado en un gabán corto color de tabaco. Se sentó al lado de ella, enjugándose el sudor de la frente.

—¡Cómo me ha fatigado la ascensión de esos cerros!—dijo, dirigiendo sus ojos bovinos hacia los altozanos reverberantes.

—Por Dios, hombre, qué pálido vienes!

—¡Qué quieres que se haga, un convaleciente es así!

—Y todavía no escarmientas!—replicó ella.—Siempre traes en los bolsillos del saco libros peregrinos que te atormentan y no te dejan vivir sencillamente, sin literaturas ni filosofías, como viven todos los seres en la Naturaleza, y no se martirizan indagando su razón de ser, y viven su existir de una hora obedeciendo solamente los misteriosos imperativos de su instinto. Quizás lo que tú tienes es la voluntad muy enferma. He notado siempre en tus actos una indecisión dolorosa, y muchas veces te he visto abandonar la lucha y quedarte parado en medio del camino del triunfo.

Los ojos de irisaciones metálicas de la muchacha, que hacía gala de una noble fortaleza de espíritu, chispearon vivamente de entusiasmo y de cólera, y sacu-

diendo por un brazo al pobre enfermo, le arrojó al rostro esta jaculatoria vibrante:

—Sí, hombre, vive, lucha, triunfa... Sacude para siempre esas influencias morbosas; no te dejes dominar de sugestiones martirizantes; deja esos libracos funestos, que esconden los filtros de las más envenenadas ponzoñas, y embriágate de sol y de cielo; corretea por los campos odorantes y bebe a grandes sorbos este aire purificado que ensancha los pulmones y vivifica el corazón.

El blandengue muchacho se levantó; buscó apoyo en un árbol; cerró los ojos como aturdido por el golpe de sangre que le zumbaba en la cabeza, y crispó su mano larga y exangüe sobre la frente anchurosa, alargada por una calva incipiente. Pasado el súbito desvanecimiento, exclamó quedamente en tono amargo:

—Dices que soy débil; que carezco de personalidad; que soy un enfermo condenado a la desdicha mórbida de Leopardi, y te equivocas. Lo que pasa en mi espíritu ni yo mismo lo sé: desconozco los orígenes de la melancolía que me abruma. Las leyes del atavismo tal vez me tengan aprisionado entre sus imperativos fatales. Mi madre fue una romántica incorregible a quien martirizaron siempre los vulgares menesteres de la vida. Fue huraña y tímida, creyente y supersticiosa. Esa timidez torturadora no supone debilidad: acuérdate de don Quijote, que fue bravo entre los bravos, pero que no se atrevió a decirle a su Aldonza

que la quería, y la adoró en silencio doce años, que fueron para el pobre manchego doce siglos de angustia. Mi taciturnidad y mi amor al silencio tal vez se deban a mi exceso de sensibilidad o a la muerte prematura de mis sueños. Yo me imaginaba un mundo mejor, sin comedias irritantes, sin ese tanto por ciento que lo cotiza todo: amistad, amor, reputación y nombre. Un mundo sin mendigos y sin prostitutas, en el que todos tuvieran su pan en raciones iguales, y su lecho honrado y su techo seguro. Un mundo sin tiranos y sin judas; sin harapos y sin esclavos; sin ricos soberbios y sin pobres serviles. Un mundo en que todo fuera de todos, sin ese toma y daca repugnante que me subleva; sin esa estupidez de las leyes humanas que condenan a Valjean y respetan a Vitelio; sin esa confabulación hipócrita de los muchos para los pocos... Pero la realidad de los niños desnudos y abandonados; la realidad que mostraba todas las bellaquerías que triunfaban; todas las traiciones reinantes; todas las iniquidades subsistentes; todas las miserias injustificadas y todos los triunfos inmerecidos, fueron produciendo esta ceniza fría que ha congelado mi corazón... Tu mocedad, en cambio, nada sabe de estas cosas. Correteando bajo el fuego del sol, has chafado las yerbas olorosas de los campos; en las auroras radiantes te mojabas las manos de rocío al bordonear por los prados como Ofelia, «cortando flores y cantando sueños». Por las noches, esas mismas manos que sabían quebrar tallos de azucenas, se tendían a las es-

trellas en presuntuosos esguinces de acercamiento. En invierno, rodando gozosa sobre tus patines, te reías de la nieve y de las hojas caídas... Tus veinte años ven a mis veintiocho marchitos y languidecientes, con esa conmiseración con que la aurora sorprende a la luna occidua y flava, que se hunde en los horizontes de rosa desvelada y enferma... Tú vives en comunión con la mañana, persiguiendo mariposas en los jardines. Tienes un optimismo contagioso y un panteísmo adorable que huele a huerto florido... Eres la mensajera de las cosas aladas; ninfa que vas regando flores por el camino ensombrecido y trágico. Eres mujer, y quien dice mujer dice vida y bondad, abnegación y gracia.

La muchacha se levantó del césped, sacudiéndose las migajas de yerba que se habían adherido a su vestido blanco. Separó algunos rizos que le cosquilleaban la frente, y con gracioso mohín, se acercó al tronco que le prestaba apoyo al amado. Mirándole a los ojos, acercando su boca de carmines dannunzianos a la boca pálida del convaleciente, le dijo:

—No, señor filósofo: usted no tiene razón. Mi pasión por la risa, mi afición por las flores, no deben causarle celos: la vida es buena, a pesar de sus autores predilectos; a pesar de aquello que tanto me repite usted de Schopenhauer: Si yo fuera Dios, la miseria de mi obra me destrozaría el corazón; y a pesar de todos sus graves y gruñones maestros de «sonsología»: La vida es buena, a pesar de sus tristes desalientos prematuros. Yo,

sin hacerme muchas ilusiones, he sabido labrar mi huerto y cultivar mi jardín. Muchas flores, muchos pájaros, mucho sol, mucha alegría. Nada de andar buscando el por qué y el cómo de las cosas; nada de preocuparse de cuándo viene el alma y cuándo se va. Levantarse de mañanita; echarse encima muchos cántaros de agua fresca; salir al campo a beberse este aire que huele a gloria; perseguir a los moscardones que se emborrachan de miel; querer a los pájaros, poetas que no saben de vino y suicidios; untarse las manos de hierbabuena; y llenarse el regazo de frutas maduras; y llegar a la casa zahumada de todos estos olores del campo, ¿no le parece a usted, señor filósofo, que es mejor que buscar la piedra de marras? Yo tengo un zenzontle que da gusto oírlo cómo canta. Lo dejo en el balcón, y como un enamorado trovador, me canta toda la noche. Mi poeta no necesita más que agua y mosco: nada del ajenjo de papá Verlaine; nada del café de Acuña; nada del whiskey de Rubén Darío; nada de nada. Canta porque sí; derrocha su cantar de día y de noche con una demasía de trinos que desvela y encanta. Imita al perro y al gato; imita los silbidos de los muchachos que juegan a las canicas bajo mi balcón; y, aparte de todas sus adaptaciones, tiene algo personalísimo; gorjeos suyos; cantos líricos inventados por él... Tengo un jilguero. ¡Ah, qué flauta de cristal la suya! ¡Con qué delicadeza modula sus trinos! Parece que no quisiera desvelar a nadie. Y mis canarios, y mis gorriones: cómo se esponjan; cómo se bañan jubilosamente

todas las mañanas; cómo picotean el alpiste; con qué alegría se comen la lechuga... Oh, mis pájaros, mis poetas queridos... que no saben de filosofías presuntuosas; pero que saben cantar, cantar y cantar, con la misma espontaneidad de mi risa, que sale a borbotones de mis labios sin saber por qué...

La muchacha, transfigurada por el calor de sus propias palabras, tomó entre sus manos sonrosadas las solapas del gabán del pobre vencido de la ciencia, que se replegaba en el tronco del árbol, caminito y jolgorio de convólvulos y lagartijas, y empujando, empujando, con adorables gestos en la boca, lo dejó sin abrigo, diciéndole:

—Al sol no le gustan estas cosas de enfermería; él ama la desnudez de la carne para barnizarla con las tintas de la fruta en sazón: hasta los gusanos se hacen bellos cuando los baña en su luz... He pensado premiar el retorno de tu salud con un beso; pero necesitas disputárselo a mis piernas, ¿quieres?

Y empezó a correr para atrás, desafiando la torpeza corporal del convaleciente, que al fin se resolvió a seguirla, a la carrera, quebrando atolondradamente a su paso las ramas de los yerbales olorosos que crujían cediendo al empuje; desgarrándose las manos entre las espinas para lograr la tentadora recompensa del beso, en aquellos labios tibios, de carmín adorable, sombreados por un vello dorado de melocotón maduro...

LA TIA CECILIA

Uno de los recuerdos más gratos y vigorosos de mi niñez es el de una mujerona magra y nervuda a quien llamaba por cariño la Tía Cecilia. Surge su figura de entre las espesas brumas de lo pasado como el centelleo de un faro radioso. Me parece verla en el fondo del patiezuelo de su casa, bajo un tejado de tablas, inclinada sobre la anchurosa batea de cedro, con los brazos desnudos, las trenzas de azabache enroscadas sobre la frente, meciendo el busto de arriba abajo, y con el rostro moreno y sudoroso lleno de salpicaduras de espuma, mientras las manos batían incesantemente en el agua lechosa las piezas de ropa, produciendo un glugluteo acompasado y monótono. Los pies, nudosos y deformados por la constante humedad, los cubría con unas chanclas de lona. Sus cejas encrespadas cortaban la estrecha frente casi horizontalmente, relampagueando bajo su varonil erizamiento los ojillos grises, inquietos y preguntones. El mentón se curvaba en un pronunciamiento ridículo, bajo la boca sin dientes.

Antes de que el rosicler de la aurora tiñera el cielo pizarroso, y antes de que el puerto iniciara sus febri-

les actividades, la Tía Cecilia se instalaba en el lavadero, encendía una candileja de gas, se remangaba las mangas de la blusa, se ceñía el delantal, y doblegándose sobre los montones de ropa mojada, empezaba a levantarla en vilo y restregarla con los puños crispados, hasta dejarla como un lampo de nieve, y tendida al sol, en los lazos restirados con esbeltos otates, se antojaba un miraje estelar por su prócer blancura de nube, lirio y marfil.

En esa hora en que parece que las estrellas acendran su luz temblona para vigilar mejor el recogimiento de las cosas que duermen, y los gallos lanzan sus quejas lastimeras nostálgicas de luz, la Tía Cecilia, arrullada por el chapoteo de sus manos, rompía a cantar quedamente sones dulces y tristes, y añoraba la sonrisa única que había tenido la vida para ella en el espigamiento de sus años mozos, cuando, prendida al brazo del amado, la sorprendía la noche vagando por la orilla arenosa, arrullada por el espumajear de las olas que se rompían en las escolleras aventando sus espumas muy alto, desgarradas en flecos de plata por la furia del choque... ¡Oh, tardes marinas de ilusión y de encanto! Oh, mirajes pomposos de luces desvanecidas! Oh, mar clamoroso y solemne que, en una tarde estival, mientras cantabas tus rapsodias de truenos, y mientras los oros profusos de un romántico atardecer brillaban en tu lomo verde y rizoso, viste cómo en un hueco de tus médanos frágiles se enlazaban dos cuerpos juveniles con ardoroso engreimiento! Estremecido

todo como en ansias de amor, aventaste a la pareja gozosa los esmaltes hervorosos de una onda túrgida, como queriendo arrastrarla a tu seno profundo, donde el coral se cuaja en sangrientas frondosidades, y la perla llora su lágrima iridiscente en el regazo blanco del molusco; donde el pulpo, en la hora del celo, se enciende como una estrella; y donde todo es idílico, vasto, monstruoso y fecundo...

La barcarola de la tía Cecilia se desmayaba, apagándose poco a poco en el silencio matinal, como una queja galante. La claridad del sol espantaba la procesión fantasmal de sus recuerdos, que eran como la plegaria cotidiana de su corazón dolorido. Con un soplo extinguía la flama de la candileja que oscilaba sobre su cabeza como un péndulo, y suspendiendo su tarea, se entraba en la cocina para aderezar el desayuno de sus hijos. Puesto el humeante café en la mesa, entre los bollos dorados de Pueblo Viejo y los trozos de catán frito, metíase en el dormitorio de los chicos, alzaba los mosquiteros, los zarandeaba para despabilarles la modorra, y dando manazos y pellizcos a los más remisos, les ayudaba a vestirse y a lavarse, y en pocos minutos quedaban listos para desayunarse y marcharse a la escuela.

La Tía Cecilia reanudaba su penoso trabajo después de la llegada del aguador. Éste se metía con sus burros, abriendo el portalón desvencijado. Sobre los aparejos descansaba una armazón de madera acondicionada para cuatro barriles de agua. Vaciaba su lí-

quida carga en el barril de la lejía, mientras los jumentos se dispersaban por el patio, mordisqueando el zacatillo y las flores de tulipán. El palurdo castigaba con dureza estos desmanes de los flacos y roñosos borricos, y azotando sus ancas angulosas, revestidas de ralo pelambre, los hacía tomar el camino del portalón, despidiéndose de la Tía Cecilia, que contestaba el saludo santiguándose por la brutalidad del arriero.

En este monótono transcurrir de los días y de los años, los muchachos fueron ganando en edad y conocimientos, hasta que terminaron los cursos escolares. Encontrar acomodo les costó poco esfuerzo, porque era proverbial en el puerto su honradez y buena crianza. La Tía Cecilia se había esmerado en prepararlos para la lucha a semejanza de ella, y su mayor satisfacción era verlos prosperar a su arrimo, entre locuras juveniles y seriedades precoces. Mostraba a sus hijos con el orgullo mismo de Cornelia, como que eran el fruto de quince años de lucha sorda y tenaz; de quince años de miserias sombrías y pavorosas penalidades.

El hombre que vibró con ella en el idilio pávido y sonoro era un tahonero alcohólico, embrutecido por una labor de muchas horas retribuídas miserablemente por los patronos explotadores, que no veían en él más que a la bestia encargada de aumentar sus fabulosas ganancias. Las noches las pasaba el infeliz de claro en claro, como el hidalgo manchego, frente a una larga mesa grasienta, en la que daba puñadas sin descanso a la masa rebelde, que se iba ductilizando poco a poco,

con una lentitud desesperante. Le sorprendía la luz de la mañana frente a la bocaza del horno hecho una ascua, con el busto empapado en sudor, metiendo con una pala las hojas de lata renegridas y untadas de manteca, en las que se agrupaban las caprichosas figuras de los bollos y las rosquillas crudos.

Cierta noche de raya en que llegó a su casa muy bebido, se echó sobre el camastro vestido, con hipos y vascas. En el doble sueño del alcohol y la fatiga, lo sorprendió una traidora embolia cerebral que le produjo una hemiplejia en los remos derechos. A la madrugada siguiente, cuando la Tía Cecilia le habló para que se fuera a la tahona, no pudo responderle nada. Lo zarandeó, repitiendo su nombre muchas veces: «Tiburcio, Tiburcio!»; pero el infeliz apenas si podía mover la lengua entorpecida y colgante. Loca de angustia, corrió a llamar un médico. Llegado éste, y después de auscultar al enfermo cuidadosamente, anunció que el caso era desesperante. Por hacer la lucha, recetó lavativas, purgantes y revulsivos. Dos días angustiosos pasaron y dos noches largas se sucedieron para que la meningitis se declarara y diera término en poco tiempo a una vida dolorosa y obscura.

La pobre viuda, para sufragar los gastos del entierro, tuvo que contraer deudas onerosas, y pignorar y vender lo mejor que tenía en muebles y baratijas. Quedaban en el desamparo más negro ella y tres niños pequeños; pero no se acobardó con tan inmenso infortunio. Con esa fortaleza de espíritu que sólo se

advierte en las mujeres de la Biblia, se vistió de luto, y bebiéndose el amargo licor de su pena, se entregó al trabajo de lleno, ocultando su dolor infinito, trastocando su pesadumbre en canciones, como si su tristeza le sirviera de estímulo para amar la vida, como la aman los fuertes. A punta de puños venció a la miseria y triunfó del destino, que había empeñado con ella una lucha injusta y odiosa.

Por el primor y esmero que ponía en lustrar las pecheras, los cuellos y los puños de la parroquia masculina, y por la azulosa blancura que sabía imprimir a los fustones y coletillos de las matronas aburguesadas, se convirtió en la lavandera indispensable entre las familias adineradas. Su formalidad le captaba la simpatía acogedora de la numerosa clientela. Los sábados por la tarde quedaban saldados todos sus compromisos. Con el prestigio adquirido, sus favorecedores se multiplicaban, y con ellos el trabajo y las ganancias.

Con los ahorros que logró reunir en muchos años de encierro y fatiga, compró una casita de madera por los barrios altos del puerto. Sus hijos se encargaron de comprar los muebles, y ella de distribuirlos convenientemente en las piezas y corredores. Éstos los atiborró de tiestos florecidos y de jaulas con canarios y gorriones. Las palomas y los gallipavos señoreaban el patio.

Por acuerdo común de sus hijos, ya no trabajaba,

arrogándose únicamente el cargo de administrar la casita.

Los halagos de la fortuna no lograron modificar su carácter: permaneció siendo ella misma. Todos sus paseos consistían en llevarle al compañero desaparecido flores y lágrimas, los domingos por la tarde. Su vida solitaria se podría resumir en la bella cuarteta diazmironiana:

«Jamás anduvo en triscas de festines.
Y sola con sus caras aficiones,
Vivió en intimidad con sus jazmines
Y hablábase de tú con sus gorriones.»

Cuando en cierta ocasión llegué a Tampico con la triste certidumbre de que era un náufrago en el mar de la vida, llamé a la puerta de la casita blanca de la Tía Cecilia, en busca de un alivio moral. La ciudad me arrojaba maltrecho y adolorido. Las sirenas del vicio me habían embrujado con sus cantos de maleficio. La buena mujer me recibió jubilosamente, con los brazos abiertos. Mientras me preguntaba mil cosas relacionadas con mi familia, con la que había servido en su juventud de pilmama, me arreglaba una de las habitaciones para que descansara, porque se había asustado de ver la enfermiza palidez de mi semblante. Un catre de lona con mosquitero; una mesa tosca con un jarrón en el que se desbordaban los jazmines; y unas cuantas sillas, puestas aquí y allá, completaban el menaje de mi pieza.

Todas las mañanas le cambiaba las flores al esbelto jarrón de cristal. Puso sobre la mesa una carpeta de hule, exornada con motivos pastoriles y racimos de pámpanos, y en las dos ventanas que se abrían para el patiezuelo, colgó jaulas de carrizo con chinchos y zenzontles. Me conmovió hondamente tanta solicitud. La ternura que me prodigaba era tan desinteresada y tan noble, que me recordaba la de mi madre, muerta hacía pocos años. Llegaba sediento de paz y de amor, y aquella mujer, que una intuición maternal le hacía adivinar mis desastres interiores, me rodeaba de atenciones inmerecidas y de dulces reconvenciones.

Pronto reconocí que mi voluntad renacía, con la serenidad que se entraba en mi espíritu. El ejercicio, los baños de agua fría, la buena nutrición, domaron poco a poco las angustias de mi neurastenia precoz. Por obra de una misteriosa alquimia, mis tristezas enfermizas se fueron trocando en aleluyas vibrantes. Los buenos libros ocuparon el puesto de los malos amigos. Plutarco y Emerson, Smiles y Rolland, me dieron la fórmula espiritual que echó en mi interior raigambres definitivas. Hice mi divisa de la ferviente estrofa de Tagore: «Mi vanidad muere de vergüenza ante tí, Señor, poeta mío. Aquí me tienes sentado a tus pies. Déjame solo hacer recta mi vida y sencilla, como una flauta de caña, para que tú la llenes de música...»

Llegué a encariñarme con aquel rinconcito silencioso del nido ajeno, donde trabajaba en paz muchas

horas, y donde había encontrado lo que tanto había buscado en el mundo: amor para mis yerros; piedad para mis culpas de veinte años.

Por desgracia mía tuve que dejar mi sanatorio, porque los azares de la vida lo reclamaban así. Después que hube leído el mensaje inmisericorde que me ordenaba partir inapelablemente, sentí miedo de caer otra vez en mis anteriores debilidades. Sólo el recuerdo de la noble mujer me infundía valor y confianza.

Cuando, puestas ya mis maletas en el carruaje, estrechaba entre mis brazos a la Tía Cecilia, al desprenderme de aquellos dulces lazos, no pude contener un impulso del corazón, y le besé las manos toscas y fuertes, muchas veces, con doliente fervor...

Salí presurosamente para que no me viera llorar. Me torturaba el corazón una angustia indefinible. El recuerdo lacerante de mi hogar deshecho por la muerte, pugnaba por aniñarme y hacerme sentimental. Nerviosamente salté al vehículo, y éste partió rebotando en los baches del pavimento. Cuando iba ya a dejar la línea recta para cruzar otra calle, dirigí la mirada por última vez a mi sanatorio, que se quedaba acurrucado entre los tamarindos, blanco y rumoroso como un palomar, con sus tejas rojizas que brillaban al sol, y sus aleros llenos de golondrinas... El viento hinchaba las cortinas y las echaba fuera de los marcos de las ventanas, pareciéndome que todos mis cariños que dejaba agitaban sus pañuelos para darme su despedida...

HEROISMOS ANONIMOS

A Ignacio A. Richkarday

Los istmeños se habían declarado en rebelión contra los caciques odiosos, que los extorsionaban robándoles las tierras y el trabajo.

La región tan floreciente se resentía de las belicosas actividades de sus pobladores, que, a punta de brazos y de continuados esfuerzos, daban más de lo que consumían, exportando los frutos de su trabajo, sacando de su comercio buenas utilidades que les permitían aumentar las siembras cada vez más, triplicando las cosechas, centuplicándolas también con esa halagüeña proporción con que paga la tierra. Agricultores por tradición, cultivaban con gran amor su parcela: Todas las frutas perfumaban el cálido ambiente, y todas las semillas cuajaban bajo la luz de su sol esplendoroso, que hasta las piedras fecunda.

Las fértiles campiñas estaban abandonadas; las sementeras de negros surcos aromáticos, que tres veces al año se empenachaban de espigas y de mazorcas blancas, con doradas barbas; y de cantantes gavillas de rastrojos áureos; y de rojos betabeles; y de zanahorias

anaranjadas; y de camotes violados; y de coles frondosas de un malva pálido; y de lechugas verdes y rugosas, donde temblaba el rocío, se veían invadidas por las zarzas espinosas, y por uno que otro mirasol que cabeceaba en el sopor de la siesta, bajo cuya sombra exigua acezaban las tortugas cenicientas del monte, y las lagartijas patizambas lucían los esmaltes de sus cabezas cuadradas...

El Odio se paseaba triunfante por todas partes. Los grupos de hombres que se habían sustraído a la acción trituradora del despotismo, se remontaban a las montañas más altas, como los gladiadores de Espartaco. Los fieros cabecillas asumían amenazantes gestos litúrgicos. Las imprecaciones vibraban en los labios renegridos como himnos de guerra; las maldiciones cristalizaban en tremendos juramentos de venganza y de muerte. Los pueblos, antes tan bulliciosos, presentaban un lamentable aspecto de abandono y de incuria. Sólo las mujeres habían quedado en ellos, cuidando a los críos, expuestas a la venganza de los flamantes «pacificadores» que llegaron arrastrando largos trenes de artillería e impedimentas, bien provistos de municiones. No había diferencia entre los rebeldes y los soldados de línea: todos cobrizos, de labios gruesos, de ralos bigotes, de cuerpos chaparros, desechos de las cárceles; indios también, víctimas de un sistema odioso de leva, que tenían que soportar una esclavitud de cinco años en el cuartel, vigilados por capataces rígidos, con galones lucientes, que tenían

la conciencia tan negra como sus botas y el corazón tan duro como el acero de sus espadas. ¡Guay de ellos si se desertaban y si caían en poder de la «justicia»! Un verdugo les daba quinientos palos, y la carne saltaba con pedazos de ropa y se prendía en las paredes como guiñapo sangriento. Toda la tropa presenciaba este acto, digno de solazar la neurastenia de ese Nerón nefasto que describe Suetonio.

El general en jefe empezó a mover las tropas contra los grupos más numerosos de indios rebeldes, conforme a las indicaciones de los exploradores y de los espías.

Los primeros encuentros fueron sangrientos para ambos bandos. La disciplina y el espíritu de sacrificio de los soldados profesionales, igualaba al desprecio que sentían por la muerte los pobres indios, de entendimientos obscuros, pero dispuestos a sellar con su sangre las vagas nociones que tenían del Derecho. La lucha fue larga, encarnizada y sin cuartel. Los prisioneros eran fusilados sin formación de causa. No había piedad para nadie: niños y ancianos sufrían la misma pena terrible.

El hecho que voy a relatar, tal como lo escuché de boca de un viejo soldado en una noche triste de vivac, pone de manifiesto que los pobres indios fueron entonces, y han seguido siendo, miserables bestias de carga para todos los que tuvieron privilegios de fortuna, legada por brumosos antecesores, piratas inverecundos, audaces despojadores de predios, contra-

bandistas contumaces, conspiradores oportunistas, mangoneadores hábiles, arrivistas atrabiliarios, que amasaban gruesos caudales, y que fundaron aquella burguesía adinerada, con pujos aristocráticos, demolida por la revolución.

El general Albino Zertuche llevaba del Gobierno federal todos los poderes potestativos para lograr la pacificación del Istmo de Tehuantepec, por los años calamitosos de 1883 y 84.

Alto, robusto, sanguíneo; aficionado al vino y a las mujeres; sin asomo de repulgos morales; gran gozador de los placeres del cuerpo; inculto y de prontas resoluciones: tal era el Godofredo de Bullón que iba a rescatar el Santo Sepulcro... de la Libertad...

En poco menos de un año logró pacificar completamente la región sublevada, usando de los medios violentos y terroristas que constituyen las supremas leyes de la guerra: aterrorizar; para aterrorizar, destruir, rezan los viejos códices.

Suprimidos los grupos de mayor importancia, la tarea de acabar con los pequeños grupos de «facciosos», fue cosa fácil para los ensañados verdugos oficiales.

Los indios acosados sin tregua, morían valerosamente en las escaramuzas. Los que lograban quedar con vida, se ocultaban en las cuevas de las montañas. Cansados los más de esta vida de fieras, disfrazadamente, volvían a sus pueblos, para guarecerse en sus hogares. Pero no faltó un malvado que descubriera a

los triunfadores la estratagema de los indios vencidos. Los sabuesos se pusieron en actividad, logrando capturar a la mayoría de los que estaban ocultos. Sólo les faltaba para terminar su búsqueda afanosa, el personaje de mayor importancia: el jefe del movimiento insurreccional.

Cierta mañana, llamaron los esbirros a la puerta de su casa imperiosamente: una india morena y alta, vestida con un huipil violeta, bordado de margaritas blancas, les franqueó el paso. La india daba el pecho a su hijo, que con sus manecitas llenas de hoyuelos, oprimía el ánfora color de canela con glotona avidez... Al sentir el niño exhausta la fuente vital, protestó llorando, revolviéndose corajoso entre los brazos que lo sostenían. La madre ocultó el pecho agotado, y despreocupadamente, con «impudor de nodriza», descubrió el otro, que se desbordó túrgido y trémulo, y, con el índice y el cordial, introdujo el pecíolo erecto en la boca desdentada del momoncillo insatisfecho.

El sabueso le dijo secamente, con tono autoritario:

—Dime dónde está tu marido.

—No te digo—le contestó la interpelada en mal español.

Y fue en vano que porfiara hasta la saciedad con la misma pregunta. La india contestaba a todas negativamente, con la misma altivez obcecada.

Al dar cuenta a Zertuche de las reiteradas negativas de la mujer, éste ordenó se impusiera a la esfinge indiana un castigo terrible, diciéndole al esbirro: ma-

ta a sus hijos, uno por uno, a ver si con este procedimiento logras saber algo... El perro de presa, haciendo un saludo militar al amo armipotente, partió a cumplir la sentencia.

Anunció su presencia dando fuertes palmotazos en la puerta; pero como nadie se aprestaba a abrirla, tuvo que derribarla. Al entrar, vio a la chunca de pie, con el ceño fruncido, silenciosa y grave, impenetrable y colérica por el atropello consumado...

—Dime dónde está tu marido.

—No te digo.

—Mira que, si lo sigues negando, te mato a tus hijos.

—Mátalos—le contestó la india, irguiendo la cabeza como un reto.

Y... empezó el caníbal trágico su labor de exterminio, con el más pequeño. El niño, adormilado por el hartazgo, sonreía a los blancos fantasmas de un sueño «todo lleno de gracia como el Ave María». Con los bruscos zarandeos del esbirro, rompió á llorar. Un pistoletazo acalló el llanto del niño, que rodó al suelo, ensangrentado y convulso. La madre permaneció impasible, como una estatua de piedra. No tuvo para el criminal ni un arranque de ira, ni una arruga en la frente, ni un destello de odio en la mirada...

—¿Dónde está tu marido?

—No te digo.

Y el niño más grande, que, asustado por la detonación, lloraba pegándose a la falda de la madre, fue

separado por brutal estirón, corriendo la misma suerte que el primero.

—Dime dónde está ese bandido...

—No te digo.

Y el hijo tercero, que rastreaba, agazapándose entre las piernas inmóviles de la india, fue arrebatado también con la misma saña por el energúmeno enloquecido y babeante por la rabia impotente. Mesándose el inculto bigote, rugió como una pantera en celo:

—Ya murieron esos perros; ahora te toca a ti, sorrastra...

—Mátame, pendejo, acaba de una vez... Al oír este diálogo espantoso, el indio, el excabecilla que estaba oculto, saltó como una fiera de su escondite, y empujando frenético a la india, se puso delante, gritándole al verdugo:

—No la mates a ella; aquí estoy...

El silencio que había sellado los labios desdeñosos de la esfinge, se trocó en un torrente de improperios, que brotaban atropelladamente de sus labios, resecos y lívidos por la cólera suprema:

—Cobarde, desgraciado, ¿por qué saliste? ¿Quién va a matar a este infame asesino? ¡Pendejo, me hubieras dejado morir a mí, que no hubiera podido darle una mala yerba a este desgraciado!

Y embrutecida por el dolor, se arrojó con ímpetu salvaje sobre el verdugo, que reculó asustado, haciendo funcionar su pistola, con nerviosa premura, pero con tanto tino, que le partió el corazón a la india,

que cayó fulminada, rebotando en el suelo como un pollo descabezado... Luego, para terminar su trágica consigna, disparó sobre el indio, que atónitamente, como un idiota, veía aquel cuadro de horror, con los ojos muy abiertos y el semblante descoyuntado.

Por la noche ardieron los cadáveres en una enorme pira. El viento dispersó las cenizas, que volaron muy alto, hasta desvanecerse en la sombra...

TARDE DE INVIERNO CON SOL DE VERANO

LEÓN era médico militar, y gustaba de combatir, cuando la ocasión llegaba, poniendo arrojo y coraje en sus bélicos arranques con la misma nobleza de Cyrano. El mismo ardor lo animaba colaborando en el triunfo o en prevenir la derrota, salvaguardando siempre de este modo a los heridos y enfermos que tenía a su cuidado. Le espantaba la posibilidad de que perecieran en manos del enemigo, que sembraba el terror con toda suerte de excesos y crueldades. Su contacto cotidiano con el dolor y con la muerte no había logrado endurecerle el corazón. La noble entraña en cada palpitación tenía un grito de amor para los menesterosos, para los afligidos, para los que soportaban todas las durezas y todas las indiferencias del mundo. Sus servicios profesionales, su pequeña hacienda privada, el rico manantial de su cultura, estaban a toda hora a disposición de los hambrientos del cuerpo y del espíritu. Nacido en Rusia, un desastre sentimental le había obligado a expatriarse. Llegó a México con un pesa-

do fardo de tristezas, con el sabor amargo de las olas de fango que habían originado su espantoso naufragio moral. Por exigencias profesionales, hubo de radicarse en el solar natío de Manuel José Othón. Allí trabé con el doctor una amistad entrañable, una de esas fusiones integrales de los espíritus, como la que unió a Renán con Berthelot y que justifican el dicho de Lord Byron: «La amistad es el amor sin alas». Mi inexperiencia del mundo tenía en él un mentor amable; mis turbulencias juveniles, un dique de serenidad, que represaba los borbollones impuros formando claros remansos en los que se dormía la tarde del ensueño y brillaban las estrellas de la meditación.

Yo tenía diez y ocho años y era un helenizante impenitente. La Grecia dorada llenaba mi espíritu de tumultos épicos y de portentosas mitologías. En el campamento, mientras todos dormían, yo velaba leyendo, embriagándome con el mosto rojo de Tirteo, y con el vino dulce de Teócrito. Atenuaba las amarguras de la lucha fratricida, que me producía dolorosos retorcimientos, con las sangrientas hecatombes de Homero y los trágicos aullidos de Esquilo, el que hacía abortar a las mujeres grávidas y desarrollaba la epilepsia en los niños, cuando asistían a la representación de sus tragedias en aquel teatro griego lleno de sol, con perspectivas de montañas y con arrullos de oleaje... El doctor participaba de mis entusiasmos, iniciándome, en cambio, en el conocimiento del martirologio de su Rusia lejana: Tolstoy, Dostoievski, Gorki,

Andreiev, me fueron tan familiares como Anacreonte y Píndaro.

León vivía con su madre paralítica. La pobre anciana aliviaba su desgracia infinita con las tiernas solicitudes del hijo. Acostumbraban sacarla al jardín después de amanecido, sentándola en un ancho sillón de cuero. Gustaba mucho de contemplar los juegos cromáticos de la luz matinal en la riente y jocunda tonalidad del azulado cielo potosino; y sentir la caricia del airecillo fresco impregnado de aromas; y oír el alboroto orquestal de los pájaros; y divertirse con el trajín de la calle. Así permanecía la viejecita horas y horas, con la vida reconcentrada en los ojos; oyendo la silenciosa voz de los recuerdos en los largos monólogos internos. Cuando calentaba el sol, la ponían al amparo de una parra que formaba, entre el verde dorado del jardín, una mancha de sombra propicia para el descanso y la meditación. Por la compacta trabazón de las hojas no se filtraba ni un rayito de luz. En los rugosos troncos ondulaban los convólvulos y las arañas prendían las hebras tornasoladas de sus devanaderas sutiles. Cuando la vid se coronaba de pámpanos, los pájaros se daban un regalado festín. Brincaban sobre los hombros de la anciana, huyendo de la persecución de los más glotones, y allí acababan de engullir el resto de sus rapiñas, piando gozosos y esponjando las plumas. Muchas veces me suplicaba la anciana la hiciera participar en esta fiesta de Pomona. Le cortaba los mejores racimos que estuviesen al

alcance de la mano, los lavaba en el chorro de la fuente, y se los brindaba en un plato improvisado en una hoja de parra. ¡Con qué fruición comía la viejecita las uvas mojadas! ¡Con qué agradecimiento me sonreía! ¡Con qué interés me convidaba, alcanzándome los racimos, que brillaban en su mano temblona como un trozo de cuarzo!

Diariamente la acompañaba algunas horas, por recomendación del doctor, procurando hacerle agradable la compañía; distrayéndola con buenas lecturas y con relatos interesantes. Con tan asiduos visiteos, llegó a tenerme cariño. Y un día, con su lengua torpe, me contó la historia de su hijo: El médico, muy joven, había casado con una moscovita muy bella. Rotas las hostilidades entre Rusia y Japón, partió a la guerra, incorporado en una de las brigadas sanitarias del Ejército ruso. Por exigencias del servicio, se había prolongado su ausencia por algunos años. Valiéndose de esta coyuntura, el padre del doctor sedujo a la mozuela inexperta. La anciana paralítica no pudo darse cuenta de nada; pero una aya vieja que había sido nodriza de León, le escribió una carta en la que, con una sinceridad aterradora, le daba cuenta de todo. El doctor no creyó la infamia cierta y le riñó a la sirvienta la maledicencia con que juzgaba las atenciones del suegro para la nuera. Ella entonces, para hacerse de una prueba irrefutable, con una cámara fotográfica, sorprendió a los culpables en su lecho de amor, y le mandó la fotografía a la incrédula víctima...

Terminado el desastre de los ejércitos rusos, volvió al hogar, y pretextando cambio de temperamento para su madre enferma, salió del antro maldito y se vino a México a esconder su deshonra, prefiriendo el sacrificio heroico al parricidio vitando...

¡Quién hubiera dicho al verlo derrochar generosamente todas sus energías en provecho de los menesterosos, que llevara clavada tamaña espina en el corazón! ¡Quién se hubiera imaginado que el que recibió tanto mal, fuera tan bueno, tan caritativo, tan desinteresado y tan noble!

Siendo director de un hospital, creó un departamento de ojos, en el que se curaban los pobres de solemnidad gratuitamente; instaló una sala de maternidad para las mujeres indigentes; repobló los jardines de arbustos y rosales. La mansión del dolor, antes tan silenciosa y tan triste, se llenó de gorjeos de niños y de embelesos maternales, que se confundían con el canto de los gorriones y con el arrullo de las palomas. Estableció escuelas correccionales para los vagos, con apoyo de las autoridades, y donó a las cárceles casi todos los libros de su biblioteca. Habiendo recibido órdenes nuestra Brigada de trasladarse al Istmo de Tehuantepec, allá nos fuimos. El doctor quedó deslumbrado con el vigor de los elementos étnicos del rumbo. Qué hombres tan trabajadores son aquellos, que dejan el lecho antes del alba, y salen a labrar sus campos; qué mujeres tan alegres vendimian en los

mercados; qué chicos tan hermosos juegan desnudos en las calles.

La vegetación lujuriosa se desborda hasta las playas lejanas; los plátanos yerguen sus penachos verdes, agobiados por los racimos de oro; los mangos erizan sus copas salpicadas de amarillas pomas; los almendros perfuman los huertos, en los que los naranjos abren su floración de nevasca y las palmeras cabecean con rítmicos vaivenes de turíbulo.

Los vestidos de las mujeres prestan un singular encanto a los paisajes, rebosantes de vida y de color. El traje regional consiste en un blusón descotado y sin mangas, al que llaman «huipil», y en una falda de alegres matices, que se hispe airosamente con el gallardo andar de las mozas. En la cabeza llevan una especie de nimbo, formado de lino y encajes almidonados, que les ciñen los rostros como tocas monjiles. Andan con los pies descalzos, gustan de recargarse el pecho de colgajes auríferos, rematados en grandes medallones numismáticos. En las manos, en las muñecas, en el lóbulo sonrosado de las orejas, en los dientes, en todas partes, les fulgura el oro fanfarronamente.

Las ceremonias nupciales tienen una extraña pomposidad: si es rico el novio, manda a su prometida un presente suntuoso de «comida viva», es decir: de terneras gordas, con los cuernos pulidos adornados de flores; de cerdos maravillosamente cebados; de carneros blancos, con las guedejas resplandecientes; y sartas

de gallinas que llevan en largas varas los caporales montados, que conducen lentamente el regalo nupcial, ayudados por espoliques gritones. Los chiquillos palmotean jubilosos, celebrando los corcovos de las terneras, que braman, añorando la dehesa, con largos trémolos; y los aletazos de las gallinas, que llevan el pico abierto y la lengüilla inquieta como una víbora en cólera; y los cerdos gruñones, que se tumban acezando, rendidos de fatiga, sudando la grasa que los ahoga. Unas mujeres marchan a la zaga llevando en grandes «jicalpestes»: pimienta, clavo, orégano, almendras, tomillo, chiles, tomates rojos, ramos de laurel aromático, para la condimentación culinaria del regio presente de boda.

Cuando el contrayente es pobre, manda a la casa de la novia la «comida muerta», en grandes cazuelones de barro, es decir: ya aderezados los palominos y guajolotes para la celebración del fausto suceso.

Celebrada la boda, la novia vuelve al lado de sus padres. Durante diez y ocho meses éstos vigilan la conducta del marido, y si es satisfactoria, le entregan a la esposa. Este requisito es indispensable entre ellos y le llaman: «la consumación».

El doctor no pudo soportar la gracia de las istmeñas, y acabó por casarse, con toda la liturgia zoológica que llevo descrita, con una juchiteca muy linda, de unos ojos de capulín, que tenía toda la esplendorosa dulzura de las noches del Trópico. Cuando se conocieron, era una chiquilla mimada muy seriecita, que te-

nía inclinaciones por la vida monástica, y que se estaba preparando para meterse en monja; pero habiéndose cruzado el amor en su camino, prefirió quedarse en el mundo. Nacida al arrullo de los mares y de la Zandunga, amaba el monorritmo de las olas y el clamoreo de las marimbas que lloraban tristemente en las noches de luna, con sus roncos sollozos, con sus armonías plañideras, como un pecho que se desgarra, como un corazón que pierde la esperanza y que estalla en gritos desesperados. La marimba está hecha para llorar; la tristeza de la raza supo poner en ella ese temblor de lágrimas, esa queja honda, ese ulular nostálgico, esa angustia reconcentrada, esa queja indefinida, ese miserere apocalíptico que nos aprieta el corazón como una mano crispada, y nos pone un nudo en la garganta, como si manos invisibles quisieran extrangularnos...

Era docta en Astronomía, y le encantaba contemplar los esplendores del cielo. A pesar de estas aficiones flammariónicas, nadie mejor que ella para confeccionar el *pozole* y los tamales de iguana. Qué donaire en su porte; qué gracia en el andar; qué pureza en la frente; qué majestad en las líneas del cuerpo, gallardo y ondulante; y qué inocencia tan adorable en el fondo de su alma virginal y sencilla!

El doctor escondió su amor en una casita blanca que parecía un palomar. Allí trastocó su silenciosa tragedia en madrigal de besos, y del fango de sus tristezas sacó una rosa blanca que perfumó el lírico milagro de su hora feliz...

CLAUDIO

ACOSTUMBRÁBAMOS algunos amigos acompañar a Claudio hasta su casa después de la salida del teatro o del café, en previsión de que lo sorprendiera el síncope en la calle y los malsines noctívagos lo dejaran en cueros, como ya en otra ocasión había sucedido.

Procurábamos distraer sus pensamientos, habitualmente sombríos, con nuestras charlas y travesuras de colegiales. Él dejaba hacer, y a veces se dejaba arrastrar por el buen humor, que lo circundaba como un halo de luz auroral.

Aquella noche nos invitó a pasar a su cuarto para continuar una sabrosa plática sobre las prosas, magistralmente labradas, de Gutiérrez Nájera. Claudio era un apasionado del gran Duque triste. Rememoraba siempre la visión que le dejara del poeta, en su lecho de muerte, un artículo doloroso de Urbina, en el que reconstruye el cuadro de la agonía del altísimo poeta, y la tristeza de su abandono, y los arrebatos oratorios del delirio postrero, cuando improvisa el discurso para la Asociación de Periodistas Metropolitanos, que la víspera de su última enfermedad le había nombrado

su presidente. Era tal la fuerza de sus relatos reminiscentes, que, hondamente impresionados, se nos antojaba verlo pasar por la que fuera su avenida predilecta, con su puro en la boca, con sus grandes bigotes engomados, con la gardenia en el ojal del saco flamante, repartiendo saludos y sonrisas a sus admiradores, que lo saludan a gritos desde lejos...

Claudio empujó la puerta de su bohardilla. Pidió una cerilla, y frotándola en la lija, encendió el viejo quinqué de bronce que alumbraba nuestras veladas. Cada quien se acomodó como le vino en gana. Por las vidrieras veíamos pasar a los trasnochadores friolentos que taconeaban monótonamente sobre las banquetas desiertas. De cuando en cuando se oía el rumor del rodar de un carruaje en el empedrado, y las sirenas estridentes de los autos lanzaban alaridos medrosos, acompañados de esas alegres risotadas que denotan el placer de vivir.

El cuarto donde estábamos era pequeño y frío, con paredes ulceradas, tapizadas en parte por un papel rojizo constelado de grandes flores exóticas. El exiguo mobiliario consistía en una mesa de trabajo atiborrada de libros y de papeles; una cómoda vieja de caoba sobre la que se destacaba, como un símbolo desconcertante e irónico, una calavera blanca y pulida, surcada por apretados signos de escritura, que expresaban pensamientos alusivos, recargados de filosofía triste y amarga. Un lavabo de hierro oxidado; una cama de latón y un estante lleno de libros, completaban el menaje

de aquella habitación tan digna de un artista en agraz.

Claudio era arrogante y bello como Lord Byron. La cabellera opulenta y rizosa se levantaba sin aliño sobre la altiva frente. En la curva de su nariz aguileña cabalgaban unos lentes de miope que agrandaban sus ojos azules, de miradas profundas y tristes. Su dolor tuvo sin duda una aguda crisis sentimental, porque en un arranque de sinceridad, como si quisiera ser consolado, nos relató una historia que entrañaba una traición mujeril, que había dejado muda para siempre «el arpa celestial de la esperanza...»

—Hace tres años, empezó diciéndonos, que cargo con la cruz de su recuerdo. La conocí en un baile de las tradicionales *posadas*. A menudo reconstruyo el encanto de las horas de fiesta que pasé a su lado, entre la alagarabía de los alegres muchachos que se disputaban la gloria de romper las piñatas. Siempre que llegan a mis oídos los cantos de los peregrinos pidiendo posada de mentirijillas, en las fiestas de diciembre, siento en el alma un ansia de vivir y un dolor de recordar que me abruman. Toda mi alma puse en aquel cariño. Me olvidé de los libros y de mis padres, a quienes dejé de escribir, porque el menor esfuerzo me chocaba. Sin duda ustedes habrán vivido esas pasiones subyugadoras que forman el encanto de nuestra adolescencia: grato ensueño de una hora que trae casi siempre aparejado el doloroso fiasco de Raimundo Lulio. Los exámenes se me echaron encima. Pretendí rehabilitar el tiempo perdido estudiando todas

las noches. Estos excesos me costaron caros, porque a poco caí enfermo a fuerza de tanto estudiar. Mi juventud lograba triunfar de estos pasajeros deliquios y ganaba diplomas, que me engrandecían a mis propios ojos. Estaba preparando la tesis para graduarme doctor en medicina, cuando un mensaje del hogar lejano me anunció lacónicamente que mi madre se encontraba gravísima, víctima de una peligrosa afección cardíaca. Con el alma hecha pedazos partí para mi aldea, mi pobre aldea que se recuesta en el ribazo azul de una montaña. La mañana en que partí era desapacible y lluviosa. Me refugié en un rincón del vagón de primera. Saqué un libro de mi maleta de viaje; pero me fue imposible comprender nada de lo que leía. Recurrí al aguardiente para calmar la desazón espiritual que sentía, y bebí hasta embriagarme. Había que bajarse en la estación x, y así lo hice. A un lado de las oficinas del ferrocarril, me esperaba un viejo sirviente de mi padre, con dos caballos sujetos de la brida. Le tendí la mano, preguntándole por el estado de salud de mi madre. Nada supo decirme aquel hombre, evadiéndose con un ladino y desesperante: «quién sabe, señor; yo no sé nada.» Nos pusimos en marcha. Castigué al caballo con espuela y látigo. El bruto, hostigado cruelmente, partió fugaz, dando un relincho animoso y sonoro. Entramos a mi aldea al galope, anochecido. Sus pacatos moradores salían a vernos pasar, asustados con aquella desusada carrera, y con los ladridos de los perros que nos seguían, brin-

cando sobre las ancas de nuestras cabalgaduras. Paré de golpe el caballo frente al tosco zaguán de la vieja casona de mis mayores. Salté a tierra nerviosamente, arrojando las bridas a mi mozo de estribo. Mi padre, severo y grave, vino a mi encuentro. Su vestido negro y la intensa demacración de su semblante me lo dijeron todo. Nos abrazamos en un largo abrazo convulso. Mis hermanas, desde lo alto del corredor, nos miraban llorando, enjugándose los ojos con los pañuelos listados de negro. Uua desolación infinita se entró a mi espíritu. Para no acobardar a mis hermanas, tenía que esconderme para llorar. Mi padre, vencido al fin por la pena, cayó enfermo. Sus negocios andaban descuidados. Me suplicó contestara la correspondencia que tenía pendiente: el pobre viejo cansado no quería ocuparse de nada. Malos negocios le habían agriado el humor. Seis largos meses tuve que permanecer al lado de mi padre, quien poco a poco fue recobrando la salud perdida. Yo disimulaba lo mejor pue podía las terribles inquietudes que me producía la ausencia. Huía de los lugareños que frecuentaban la casa, refugiándome en el jardín. Kempis me acompañaba en mis meditaciones, esparciendo sobre mi espíritu el bálsamo de su piedad infinita. En las fauces de mi dolor, la «Imitación de Cristo» era como un panal de miel. ¡Qué frescor, qué dulzura tan grata derramaba en mi corazón el misticismo ardiente del monje tudesco! Es consolador encontrar un remanso de estos en que todo ruido de vanidad se desvanece. Qué bien conocía

Kempis el mudar de las cosas: «La salida alegre causa muchas veces triste vuelta, y la alegre tarde una afligida mañana.» Mi salida de la aldea, ilusionada, ¡qué retorno tan amargo tuvo...! Sentado en un banco de piedra me embriagaba recordando la ternura de mis charlas de amor; mis besos puros dados en los labios almibarados por las pastillas de caramelo, en mis largos paseos con ella, por los jardines solitarios, recorridos en la calma meditativa de los atardeceres: esos atardeceres que infunden una plenitud en nuestras reminiscencias; en nuestros sueños; en nuestros dolores. Verlaine me había enseñado a amar esa hora divina en que parece que el alma se nos escapa para penetrar en todas las cosas. En la última de sus cartas Guadalupe me reprochaba mi tardanza, atribuyendo a desamor los meses de ausencia. Terminaba esbozando el programa de los festejos con que celebraría el advenimiento de su día de días. Diciembre llegaba con su cortejo de fiestas; con sus bellos crepúsculos; con sus alegres pífanos y sus castañas asadas. Burla burlando me encarecía asistiera a las fiestas de su onomástico. «Ya tendrás por allá—me decía en una envenenada posdata—tu aldeanita fragante, ducha en tostar buñuelos y asar calabazas.» Estos incentivos me impelieron a indicar a mi padre la necesidad que tenía de volver a la capital para arreglar mis asuntos escolares que había dejado pendientes por la premura del viaje. Nada objetó a mis deseos el pobre viejo y me dejó partir. Una cruel impaciencia me atormentó

durante todo el camino. El asiento del vagón me parecía que era de espinas en lugar de felpa encarnada. Quise llegar el mismo día del jolgorio, para asistir, cuando menos, al baile, y hablar con ella. El temor de contratiempos imaginarios me llenaba de espanto. Por fin, después de atormentarme con pueriles inquietudes y torpes devaneos, un silbido prolongado y triunfal de la locomotora me anunció que había llegado al término del viaje. Tomé un auto de alquiler, indicando al chofer el hotel a que debía conducirme. Un transformista hubiera tardado más que yo, de seguro, en mudar de traje. Me planté en la calle emperifollado y alegre, medio aturdido con el trasiego de autos y camiones. Ya había anochecido completamente cuando llegué frente a la casa de Guadalupe. Para contener un poco los latidos de mi corazón y el temblor nervioso que me agitaba, me apoyé en el tronco de un árbol copudo que se erguía frente a su ventana. Un fulgor amarillento salía por los cristales, mal velados por transparentes visillos. Llegaba hasta mí un confuso abejear de risas y conversaciones. Calmados un poco mis nervios, me encaminé al zaguán, que estaba cerrado. Oprimí el botón de marfil del timbre eléctrico, y esperé... En aquel momento alguien abrió la ventana, saliendo por ella un torrente de luz y un rumor más intenso y confuso de acaloradas pláticas, delatando tanto ruido la influencia animadora de los buenos caldos. Un lacayo vestido de negro abrió una batiente del zaguán, preguntándome, altaneramente,

con una voz vinosa, lo que buscaba allí. Le repuse que venía a la fiesta invitado por la familia. Me pidió la tarjeta de invitación, y como me excusara diciéndole que venía de fuera de la capital, confundiéndome con algún pechero intruso, se encogió de hombros, masculló una irónica disculpa, y me dio con la puerta en los hocicos. Un arranque de cólera crispó mis puños; y hubiera salido mal librado aquel mequetrefe, si tan prestamente no interpone el zaguán entre los dos. Algunos curiosos se habían agrupado frente a la ventana, ocupándose en zafias murmuraciones. Lastimado profundamente por la insolencia del portero, fui a ocultar mi rabia y mi vergüenza tras del árbol amigo que me había dado apoyo. Una voz argentina, dominando el tumulto de las conversaciones, llamó al que estaba en la ventana fumando, quien, haciendo con la cabeza un signo de inteligencia, se alejó, botando la colilla a la banqueta. Poco después el baile empezó a los acordes de un vals en boga. El conjunto abigarrado de parejas se atropellaba en el reducido espacio del salón. Los danzantes se estrechaban; se oprimían las manos con crispaciones febriles; y las bocas sonreían voluptuosamente, sintiendo el aleteo de los besos muy cerca de ellas, envueltas en el cálido aliento del deseo embriagador. Salí de mi escondite y me acerqué más... Lo que vi fue espantoso: Guadalupe estaba de pie, vestida con las galas nupciales, sonriendo a un vejete ventrudo y calvo, que llevaba en el ojal de la levita pringas de azahares. Los convi-

dados libaban copiosamente, brindando por los novios. Fue tan brutal el choque de mis sensaciones; tan brusca la impresión, tan sangrienta la burla; tan dolorosa la realidad, que los síntomas del mal que había matado a mi madre, reaparecieron en mí en aquel momento terrible. Sentí que se nublaban mis ojos, y algo como la calosfriante impresión de que me hundía en una sima sin fondo y... me desplomé, como muerto de rayo, sobre las lozas del pavimento. No sé lo que harían conmigo las buenas gentes. Desperté en una comisaría fatigado y adolorido de todo el cuerpo, talmente que si me hubieran molido a palos. Sobre el retal de cielo que encuadraban los lienzos de muros hostiles, rielaban los rayos cárdenos del sol naciente, incendiando algunas nubecillas desflecadas que manchaban el cielo. Las aves pasaban en bandadas persiguiéndose y picoteándose en sus revuelos, saludando a la aurora con la diana jubilosa de sus trinos; diana que dejaba en el aire transparente un reguero de notas interrumpidas. Me absorbí tanto en la contemplación de lo de arriba, que no reparé casi en los detalles del horrible despertar de una cárcel. El médico de guardia me hizo algunas preguntas en tono de interés conmiserativo sobre mi salud, contándome lo que había dicho en el delirio, y las maldiciones que había proferido contra los ladrones de mi ventura. La asociación de ideas que me produjo aquel interrogatorio y aquella charla, me hizo ver, en una obstinada visión interna, la alcoba de los desposados; el vestido blanco arrojado sobre la alfombra;

aquí un zapatito de raso; más allá una cáliga encarnada con hebilla de plata... Ella se me apareció extenuada y pálida, bajo las blancas colchas del tálamo... Pasé algunas horas así, montado en ese Clavileño torturador, hasta que un empleado de la oficina policial me indicó que podía retirarme, y como si le estorbara mi presencia, cogiéndome de un brazo, me puso en la calle. Aturdido, casi inconsciente, me di a vagar sin rumbo por la ciudad, que empezaba a despertar a la actividad cotidiana. Me encontré mezclado con las pobres gentes de los suburbios. Mendigos equívocos me tendían la mano mugrienta; vendedores ambulantes ponían ante mis ojos las portadas obscenas de panfletos licenciosos. Flotaba en el ambiente un hedor insoportable de cosas podridas. Pasaban rostros deformados por la miseria y por el vicio; arambeles que cubrían carnes flácidas y atezadas. Indígenas cobrizos y huraños pregonaban la excelencia de sus melocotones y albérchigos. Perros sarnosos husmeaban en los desperdicios. Viejos astrosos vendían libracos descoloridos y fierros llenos de orín. Aquello parecía una resurrección de los exhombres de Máximo Gorki; de los pescadores trashumantes de Galilea; de los canes furentes de Soiza Reilly. Fatigado de vagar al acaso por entre aquella muchedumbre maloliente de los aledaños, me volví al hotel en un coche. Viví zafado de la realidad mucho tiempo, gracias a la funesta droga de Baudelaire. Poco a poco fue sufriendo mi espíritu una transformación radical. Los gol-

pes que había recibido en mitad del corazón desarrollaron en mí la facultad poética, como la coz de un caballo reveló el genio de Nietzsche. Muchas veces la idea de vengarme me arrebató de entre las manos el puñal de Otelo. El fantasma del moro me enseñaba en la sombra sus manos crispadas y sus gestos coléricos. Todo esto no era más que una forma de la esperanza encerrada fatalmente en el fondo de la Caja de la deidad mitológica, que no es otra cosa que nuestro corazón. No teniendo en mí mismo fuerzas morales para soportar mi desdicha, me refugié en los Diálogos de Platón, no queriendo refugiarme en el vicio. Las enseñanzas de Sócrates me hicieron mucho bien. La humildad en la sabiduría, el amor a la verdad y a la justicia, mi desprecio a las vanidades del mundo, me vienen de ese coloso de la filosofía sacrificado por la envidia de todos los que, creyendo ser sabios, escuchaban los sinceros acentos del divino inspirado, que pretendía sacarlos de su error diciéndoles: «Yo soy más sabio que ustedes, porque sé que no soy sabio; y, sin serlo, tengo la virtud de decirlo, mientras que ustedes, sin serlo, tienen el defecto de ignorarlo.» Esto le trajo un odio profundo, y fue condenado por 281 jueces de Atenas a beber la cicuta, acusado de corromper a los jóvenes áticos...

Un acceso de tos le cortó la palabra. Se llevó las manos al pecho, abriendo mucho la boca para beber la mayor cantidad de aire posible; dio un ligero grito y se desplomó sacudido por fuertes convulsiones, res-

pirando irregular y trabajosamente. Como fue tan violenta la caída, no pudimos impedirla. Lo levantamos del suelo para acostarlo en la cama, agrupándonos en torno, temerosos de un desenlace de muerte. La convulsión disminuyó poco a poco, hasta que, dando un fuerte suspiro, se quedó postrado. Una baba espumosa le manchaba la barba, y de los ojos cerrados manaban dos hilillos de lágrimas. Los que más le queríamos por su cultura y, sobre todo, por su inmenso infortunio, pasamos el resto de la noche en su cuarto, vigilando el proceso del síncope.

VISIONES DEL NORTE

Fue allá, en la ribera del Bravo, límite cambiante de dos razas disímbolas, donde el drama se desarrolló, con sus fieros detalles espeluznantes.

La columna expedicionaria acampó en las cercanías de Mulato, pequeño pueblo del Estado de Chihuahua que se encuentra situado sobre un lomerío bermejo, pizarroso y árido. El límite fluvial, que pasa muy cerca, se arrastra a veces con mansedumbre de arroyo, y en tiempo de lluvias, cuando sus tributarios le brindan sus caudales voluminosos, rueda con broncos borbollones, túrbido y bramador, como si quisiera cerrar el paso a la piratería rampante y aventurera.

Llegué al poblacho en busca de provisiones de boca. Sus casas chaparras, hechas de adobe sin blanquear, me causaron una impresión de indefinible tortura. Con el corazón oprimido, atravesé lentamente las callejas desiertas. Un «norte» furioso agitaba los moños de crespón que aleteaban como mariposas negras en los marcos de las puertas, señalando el paso de las Parcas implacables. Los fulgores del sol meridiano me parecían luz temblona de blandones mor-

tuorios, y los aullidos del viento, un clamoreo doliente de plañideras ocultas. Algunos jumentos callejeros pepenaban basura con los belfos; las gallinas bordoneaban libremente, escarbando el suelo con garras y pico; los cerdos dormían su sueño beatífico sobre el fango negrusco de sus pocilgas, y los canes daban su alerta saltando corajosos sobre el rabo de mi cabalgadura. A lo lejos, algunas mujeres pobres lavaban ropas a la orilla del río. No se veía ni una ventana abierta, ni un tiesto con flores, ni una jaula con pájaros. Un silencio de muerte señoreaba la terrible desolación que tenía ante mis ojos, contrastando, bruscamente, con la sucesión de geórgicos mirajes que había saboreado durante todo el trayecto recorrido en la madrugada. Fue una renovación constante de colores alegres y motivos de linterna mágica: los risueños bohíos se esconden graciosamente entre los fresnos copudos del camino. Las campesinas curiosas suspendían sus labores matinales para asomarse a puertas y ventanas. Como en la travesía del desierto no habíamos comido más que carne sin sal y maíz tostado (galleta militar), solicitamos algo de vitualla para calmar un poco los imperiosos reclamos del hambre, que nos ponía metafísicos. Las buenas muchachas llenaron, sin cansarse, las cantimploras vacías, de una agua frescachona que tenía un delicioso sabor a barro de Guadalajara, y repletaron nuestras alforjas de tortillas, de quesos y alubias, que nos supieron a gloria. Dimos las gracias; pagamos, lo mejor que pudimos, tanta

generosidad, y nos pusimos en marcha. Las alegres samaritanas nos despidieron con interés fraternal, acaso con la certidumbre de que no nos volverían a ver. De este modo pude contemplar de cerca los ojos más ardientes, las sonrisas más puras y las caderas más robustas, prometedoras de una maternidad feliz, y los palmitos más gráciles, con líneas impecables de ánforas etruscas. Ya para dejar aquel oasis de verdura, en los aledaños floridos, nos brindaron las manezucas sonrosadas de otras mozas, grandes cacharros de leche de cabra. Con qué avidez hundíamos la boca sitibunda en la blanca espuma, gustando del sabroso líquido, dulce y tibio. El ambiente olía a boñiga, a membrillo y a humedad. Una gran quietud reinaba en las próvidas granjas enfloradas. En las mansas acequias, que bordeaban las cementeras, algunos hombres pescaban, con largas cañas, sentados en cuclillas, silenciosos e inmóviles. Entramos a la carretera polvorienta, que se perdía entre los temblorosos espejismos de la reverberación solar. Las manos cariñosas nos despedían, agitándose en alto. Manos buenas, que nos habían colmado de dones y que tenían, como las que canta Marquina, toda noble energía aprisionada...

* * *

Pedí posada en la casa de más pobre apariencia. No había en ella más menaje que una máquina de coser, una cama de madera y algunas zaleas de chivo, tendidas en el suelo, a guisa de alfombras. En la coci-

na, una estufa grande de factura yanqui y un pequeño molino de café. En el comedor, una mesa sin pintar y algunas sillas de palo.

La dueña de la casa me aderezó para el almuerzo un cabrito en su sangre, platillo regional de un sabor exquisito. A los postres, que consistieron en leche cuajada y miel con queso, me hizo un relato tristísimo que empeoró grandemente mi lamentable estado de espíritu:

—Mi marido—dijo—era jefe de los socialistas (así llaman por el rumbo a los miembros de las defensas sociales). Los bandidos pusieron sitio formal al pueblo. Todos los que pudieron empuñar un arma se organizaron, oponiendo una resistencia vigorosa y nutrida. Como el empuje de los asaltantes fue irresistible, fueron perdiendo terreno hasta que no les quedó más recurso que atrincherarse en las azoteas de la parroquia. Allí se hicieron fuertes seis días, y hubieran continuado la defensa de su último reducto si el parque no se les acaba. Habían despreciado el hedor de los muertos que se les pudrían insepultos, y los rigores del hambre, de la sed y del desvelo; pero una noche, los forajidos, protegidos por la sombra, llegaron hasta las puertas del templo y les pusieron fuego. En poco tiempo las llamas voraces, lamiendo las paredes, inflamaron el techo. Minada la resistencia de las viguetas que lo sostenían, se derrumbó con un estruendo horroroso. Vimos con espanto una espesa nube de polvo, humo y ceniza, que se levantó del derrumbe hacia el cielo co-

mo una maldición de las víctimas. Todas salimos a la calle gritando y pidiendo misericordia. Los triunfadores, mientras se disputaban el botín, nos insultaban, dándonos de empellones con los caballos. Cuando pudimos ver a los nuestros ya estaban carbonizados, diseminados sus restos aquí y allá, entre imágenes rotas, vidrios despedazados y tizones humeantes. No nos fue posible identificarlos. Formaban un horrible hacinamiento negrusco; se veían los ojos fuera de las órbitas; los dientes, sin labios; los huesos, sin músculos. Algunas mujeres ajenas a nuestro dolor, juntaron los restos calcinados, los amortajaron con cobertores y sábanas, dándoles sepultura en una fosa muy grande, que está allá abajo, en el cementerio del pueblo, erizada de cruces. Mis amigas quisieron consolarme de esta horrible desgracia, diciéndome que la guerra era así: brutalmente brutal y dolorosa; pero usted comprende que el infortunio no se conforma con que las cosas que lo motivan sean o dejen de ser inevitables. Aquí me tiene sola en el mundo, demandando a un penoso trabajo mi sustento. Dejada de la mano de Dios, espero, tristemente, el fin de mis días. Para colmo de males, la viruela y la *grippe* han hecho estragos horribles... La peste después de la guerra.

No pude formular palabras de consuelo ante aquella mujer, más infeliz que Hécuba. Me sentí torpe y cohibido, inhábil para enhebrar frases sedantes que escondieran algún sortilegio de alivio.

¡Y de cuántos dolores fui testigo en el desarrollo

de nuestro gran drama político! A cuántos bravos muchachos vi caer en la lucha, a los que servían de mortaja, solamente, sus propios arambeles ensangrentados; y cuánto llanto vi verter a las madres dolidas y a los niños huérfanos, que habían visto a los seres queridos inmolarse ante el ara sangrienta de un Moloch insaciable!

¡Y así va el mundo, matándose en una guerra sin fin, sosteniendo las leyes de la guerra contra las leyes de la fraternidad, y vigorizando la teoría desconsoladora y tenebrosa de que el hombre es el lobo del hombre...!

AVERNUS

El cuartel presentaba, en las primeras horas del amanecer, el animado aspecto de un colmenar. Algunos reclutas, con las canillas desnudas y los pies descalzos, lavaban las baldosas de los patios anchurosos. En los macheros se oían relinchos agudos y sonoras pisadas de cascos herrados. Los corceles rijosos arrancaban a los caballerangos pintorescas interjecciones: «¡ooo! Indio, quieto; quieto, Bonito; quieto, Melado; ¡oooo! ¡ooooo! ¡quietos!»

La banda de guerra saludaba el día con sus dianas alegres.

Los capitanes, frente a sus compañías formadas en los patios lustrosos, presenciaban la primera lista que pasaba el sargento primero con voz imperiosa y grave: «Inocencio Valdez; preeesente! Juan Quiñones; preeesente...!» Los ecos repetían los nombres y las respuestas con un ahuecamiento prolongado y burlón...

Rendidas las novedades; nombradas las fajinas y los servicios de guardias e imaginarias, el mayor dio cuenta al jefe del batallón de que el teniente Taboada le había faltado al respeto, habiéndole ordenado se

presentara arrestado, por el término de setenta y dos horas, en la sala de banderas: el coronel ratificó el castigo con una ligera inclinación de cabeza, mesándose la barba negra y copiosa: «Muy bien, señor mayor; muy bien! ¡Energía, señor, energía!»

Los meses se sucedían monótonamente, y el mecanismo de la vida militar siguió desarrollándose con su habitual y férrea disciplina.

Los otros oficiales, en alegre camaradería, soportaban las fatigas del servicio con el fanfarrón desembarazo de los cadetes de la Gascuña, cantados por Rostand: «Ojos de buitre, pies de cigüeña, dientes de lobo, fiero ademán...» Sólo Taboada se conservaba alejado de este bullanguero compañerismo. Los continuos arrestos que sufría le habían torcido el gesto y agriado el humor. El mayor, por cualquier causa; por la distracción más baladí; por el más mínimo defecto, hacía caer sobre el pobre oficial el peso de su malquerencia. Nunca había sido el abuso de autoridad más absolutista, ni más odioso. Los inflexibles ordenamientos militares no dejaban prácticamente al subalterno un resquicio legal para defenderse, *in promptu*, de la animadversión y la inquina del superior. El teniente sufría los injustos castigos sin replicar; pero su corazón se llenaba de un odio que, en su sorda marejada interior, fue invadiendo la conciencia de la desigualdad jerárquica, convirtiéndose poco a poco en un sentimiento anárquico que le apretaba el corazón como una garra crispada.

El teniente no acertaba a explicarse las causas de la ojeriza enconada del mayor. Su asistente, un indio pilongo y ladino, le dijo una noche: «Mi teniente, hoy vi salir a mi mayor de su casa. Al conocerme, se paró frente a mí, diciéndome: Si cuentas algo, te mando dar una paliza... Vine a ver a la esposa del teniente para decirle que es una mala cabeza; un mentecato respondón y chicanero que ya me tiene aburrido... Con que ya sabes, ¿eh?: punto en boca y a roncar. Te doy esta explicación porque hay algunos chismosos que de todo hacen un lío y una bola de argüendes que ni Dios entiende después. Si tú eres de estos, ya sabes lo que se te espera. Así, mismamente, me dijo mi mayor anoche, mi teniente...»

La sospecha se enroscó en el corazón del teniente. El mal de Otelo lo torturó horriblemente; pero supo frenar sus ímpetus, pues a pesar de que la infamia hería profundamente su dignidad de hombre y su orgullo de macho, desoyó la voz que le gritaba en la conciencia: ¡mátalos!, tal vez considerando que no valía la pena de perder su carrera por las liviandades de una mujer... Prefirió formular acusación en contra del mayor por abuso de autoridad. Los tribunales militares dieron entrada a la demanda; pero Taboada no pudo resistir la lentitud del proceso, ni las citas y comparecencias a los juzgados, y dejándose arrastrar por una explosión incontenible de odio; sintiendo que la vida de su vida había aceptado el pacto vergonzoso; con el corazón adolorido por la sevicia del jefe y por la indigni-

dad de la mujer; con la certidumbre radiosa de que nadie tenía derecho de arrebatarle su migaja de felicidad, ni su pingajo de honra; en un instante trágico y turbado; olvidando toda noción de respeto, desenfundó la pistola que llevaba al cinto, y en el instante en que el mayor le daba la espalda para ocurrir a otro lugar del cuartel, apuntó con firme pulso, oprimiendo el llamador una, dos, tres veces..., desplomándose el cuerpo de su rival convulso y agónico...

Un consejo de guerra extraordinario se reunió para juzgarlo por los delitos calificados de insubordinación con vías de hecho, causando la muerte del superior; alevosía, premeditación y ventaja. Tras de breves deliberaciones, los jueces inflexibles condenaron al reo a sufrir la pena de muerte.

Sólo quedaba el recurso de indulto. El padre de Taboada, atribulado por la terrible sentencia, acudió al presidente de la República en demanda de amparo. El general Díaz lo recibió de pie. En su angustia, el padre cayó de rodillas ante la arrogante majestad zapoteca. Viejos amigos de asonadas y revueltas; compañeros de vivaques y de tumultos, no obtuvo el mendicante enchamarrado la gracia que pedía de hinojos. Erguido y fiero, el octogenario dictador, con voz engolada, le dijo: «Levántese usted, coronel, hay que tener fe en la justicia.» Después, llamando a un ayudante, le ordenó llevara al peticionario a la Prisión de Santiago, por haberse arrodillado portando las insignias militares... Sí, había que tener fe en la justicia de ¡mátalos

en cáliente! La justicia que había mandado ametrallar a los obreros de Santa Rosa y Río Blanco; la justicia que había asesinado a García de la Cadena; la justicia que había hecho huír a don Sebastián Lerdo de Tejada; la justicia de los Vinculeros; la justicia flamante de los jefes políticos; la justicia que mató al pueblo en Monterrey el 2 de abril de 1903; la justicia de las *tinajas* de Ulúa; la justicia que encarceló a Madero en San Luis Potosí; la justicia que se fue en el «Ipiranga» para siempre...!

Negado el indulto, Taboada fue ejecutado en la madrugada siguiente, en el patio del cuartel, cumpliendo con la condena del consejo de guerra. Todo el batallón presenció la ejecución. Taboada, sereno y fuerte, no se intimidó ante los fusiles que le apuntaban al pecho. Una intensa palidez se había anticipado a la palidez de la muerte. Ningún músculo del semblante se le contrajo mientras miraba despectivamente a sus verdugos. Quisieron vendarlo, y se arrancó la venda. La adúltera le llevó un sacerdote para que le impartiera los auxilios espirituales: él lo repudió; era masón, enemigo jurado de los grajos tonsurados; de los ávidos feriantes de las virtudes teologales; de los negros chalanes de la Superstición... No imploró ni maldijo; se llevó a la tumba su desprecio por la justicia humana.

El súbito naufragio de su esperanza, lo había dejado sin voluntad y tal vez sin pensamiento.

Cayó atravesado por cinco proyectiles, dando sal-

tos macabros, hasta que el llamado *tiro de gracia* lo inmovilizó para siempre.

Desde que realizó su venganza, no volvió a despegar los labios, encerrándose en un mutismo absoluto.

Sentado en un banco, dentro de las paredes de su calabozo, con la cabeza entre las manos, permaneció muchas horas, sin comer, sin beber y sin dormir, sosteniendo un terco soliloquio consigo mismo; o reconstruyendo en su memoria los venturosos días de sus tiempos de cadete, cuando se había puesto el uniforme por primera vez; cuando se ciñó el espadín de empuñadura dorada; cuando rindió el corazón de la chiquilla que huyera con él para traicionarlo más tarde...

El centinela, apostado en la ferrada puerta, que tenía un ventanuco enrejado, le veía con la misma indiferencia con que veía las estrellas, y sólo se daba cuenta de que el prisionero vivía, cuando le oía suspirar fuertemente, estremecido por su lúgubre *¡aaalerta!*, que vibraba en la noche con medrosos ecos, como un augurio de muerte.

¿Qué pensaba en aquellas horas de recogimiento absoluto, con las alas de la esperanza plegadas para siempre, y sabiendo que muy pronto sería sacado del calabozo sombrío para adquirir la libertad del alma, brincando por el siniestro trampolín de la ejecución al misterio del más allá, que, para las conciencias poco cultivadas, es la negación absoluta? ¿Qué sabía él de los buceos escalofriantes de Maeterlinck; ni de los sondeos profundos de Flammarión; ni de las embruja-

das certidumbres de tantos otros magos de lo desconocido, sobre ese impalpable mundo de las almas; sobre esos planos nebulosos de posibilidades; sobre esas lucubraciones intensas y mistificadoras de los teósofos, que han sentado el principio luminoso de que la muerte es un progreso; un paso gigantesco hacia otra vida inmaterial que no conocemos, pero que podemos adivinar por la presencia omniciente de las fuerzas ocultas que nos gobiernan, entre el tumulto de las pasiones del mundo material, que no nos deja oír el concierto misterioso de las estrellas lejanas...?

Despojado de todo mezquino egoísmo terrenal, a solas con su conciencia, ¿pensaría acaso en el destino de su hijo, el rubio chiquitín que jugaba con su espada; que se ponía su kepí, haciéndole reír su cómica y grotesca apariencia, aliviando de este modo tan pueril sus amarguras de soldado, al llegar al hogar, fatigado del servicio absorbente y monótono? ¿Sería su tortura mayor considerar que el unigénito fuese el testigo complaciente de los yerros futuros de la madre? ¿Quién podría adivinar lo que pasaba por aquel cerebro, obscurecido o iluminado ya por las misteriosas claridades de lo eterno? Su materia estaba muerta antes del suplicio, porque no sintió los rigores del hambre, de la sed, ni del sueño. Se sustrajo a los apetitos de la bestia, para meterse muy hondo en los laberintos de su propia conciencia.

Cuando el comandante del pelotón abrió la puerta de la celda, y poniéndole la mano en el hombro, le di-

jo: «vamos, compañero, ya es hora», el teniente se incorporó bruscamente; se restregó los ojos; se mesó los cabellos; se abotonó maquinalmente el chaquetín, contestando solemnemente: «estoy listo...» Cruzó los anchos corredores, que resonaban con las rítmicas pisadas de los soldados, sin fijarse en nada, con los ojos deslumbrados por la claridad jocunda del naciente día, sin que se le notaran esas arrugas que delatan las hondas preocupaciones que deben abrumar a un condenado a muerte, ni esas contracciones de los labios que acusan la indiferencia o el odio. Vio a su frente la boca de los fusiles que le apuntaban, y tal vez oyó la descarga que le hizo caer en tierra, con los ojos fijos en lo infinito; la boca, torcida por el dolor; los dientes, apretados por la angustia; y los labios, dilatados en el arco grotesco y paradojal de la muerte...

El día llegaba con sus gradaciones cromáticas: después del gualda pálido, el rojo vivo; del azul intenso del cielo, endiamantado de estrellas, el malva dorado del amanecer que las ofusca, diluyéndolas en la púrpura trémula y triunfal que flamea...

El cadáver, echado sobre la lona mugrienta de una tétrica camilla de ambulancia, fue rodando por las calles geométricas, que empezaban a animarse con el trajín de la vida, envuelto en un cobertor obsequiado por una soldadera piadosa, hasta que, llegado al cementerio, fue arrojado a la fosa mandada abrir desde la víspera del ajusticiamiento.

Ni un cirio alumbró su cadáver; ni una mano

caritativa arrojó sobre el tosco ataúd el simbólico puñado de arcilla. Las paletadas premiosas de los sepultureros cubrieron pronto la ignominia yacente, que no tuvo cruz, ni lápida, ni flores: como un suicida de la antigua Albión, se pudrió con la estaca en el pecho de todas las condenaciones.

La hierba creció más tarde sobre su tumba anónima, prodigando pétalos y olores, como si la tierra quisiera burlarse de la impiedad de la mujer culpable, que no tuvo valor para llevarle rosas ni lágrimas, agobiada por la vergüenza de su falta, irreparable para el gran rebelde, que, después de muerto, le arrojaba a la cara el fango pestilente de la deshonra imborrable.

ALMA

Para Rafael Quintero, protagonista del drama, con todo mi afecto

ERA la celebración de un cumpleaños. La mesa del cásero festín rebosaba de botellas ventrudas; de flores desparramadas sobre el límpido y bruñido mantel; de copas llenas de vino rojo y de ambarina cerveza. El mosto de remotos lagares hacía florecer la sonrisa en todas las bocas. Un rumor nutrido de conversaciones acusaba la alta temperatura del regocijo juvenil, que se esparcía, con fervor dionisíaco, por todos los rincones del hogar en fiesta. Poetas, pintores, prosistas, músicos, escultores: todos ponían la nota gárrula y personal de su arte, exaltando teorías estéticas; esbozando postulados revolucionarios; forjando propósitos de aliento para renovar, para inyectar savia nueva a los artífices del verbo, del matiz y del cincel. Iconoclastas y voluntariosos, abominaban de las viejas pragmáticas y de los fosilizados pontífices, que los veían con un horror desdeñoso y grave, y con engolada suficiencia les llamaban: los confiteros del Arte. Dentro de este grupo primaveral, el más fuerte, el más soñador, el más

romántico, era un anarquista de ojos grandes y dulces, de nariz corva y de boca anémica, plegada por un rictus desencantado y triste. Los restos de su ideal, hecho pedazos, los llevaba en el alma como un tesoro mermado, pero no extinguido. A todos sus compañeros de lucha los había visto transformarse en arrivistas vulgares; en bisuteros odiosos; en cómplices bellacos de la más relamida y adiposa burguesía del dinero. Nunca aceptó las claudicaciones bochornosas; jamás transigió con las bufonadas políticas. No luchaba por la libertad, como alguien dijo de Iturbide, para servirse de ella; sino por un noble quijotismo que cada vez se hace más raro entre todos los falsos apóstoles que medran a la sombra del obrerismo sindicalizado. Como Flores Magón, su maestro, tuvo siempre para el oro un altivo desprecio. Sus ojos bovinos se humedecían siempre que recordaba las torturas del gran muerto; su combativa indomable, su fiereza irreductible, su virilidad vociferante, que, desde las tinajas de Ulúa, vibraba como un látigo de fuego sobre todos los tránsfugas, sobre todos los traidores a la causa de la emancipación popular.

Una niña, en cuyos hombros Víctor Hugo hubiera puesto el plumón impoluto de las alas de un ángel; un querubín de siete años, con unos ojos negros y cargados de ensueños precoces, llenó con el místico perfume de su gracia infantil el recinto del banquete, caldeado por el soplo de las pasiones y por los vapores del vino. Se arrojó en brazos del anarquista. Él la

estrechó con un cariño desbordante y único. En los excesos de su amor de padre, propuso al lírico concurso se brindara por Alma, la dueña del festín. Las pupilas del anarquista se llenaron de esa luz misteriosa, llena de arrobamiento, que sólo el cariño entrañable y profundo es capaz de encender en el alma del hombre. Amor de padre, sin voluptuosidades y sin egoísmos; amor puro y santo que redime al lobo de sus malos instintos y que llena la triste carne de resplandores celestes... La niña se desprendió del dulce lazo, premiosa y ágil, como un lechón de gacela. Se alejó dando saltos, luminosa y gentil, como una estrella. Los ojos del anarquista la siguieron con una delectación inefable, y en la plenitud de su dicha lanzó un suspiro: explosión cordial que le llenó el rostro con las claridades de una sonrisa...

La alegría desordenada que producen las libaciones copiosas, encendía las mejillas, caldeaba las frentes, desataba las lenguas y prendía en las miradas relámpagos de locura. Los vasos sonoros chocaban, el vino se derramaba, las rosas se desmayaban en los jarrones de cristal; la sonrisa, estereotipada en los labios, reflejaba el placer de los vientres satisfechos; el humo de los cigarrillos se ensortijaba en el aire, algo pesado ya por el olor de las viandas y las flores, y el café rompía la blancura de la porcelana con su círculo negro y vaporizante. El sol de la tarde se recostó imperialmente en el remanso de los espejos, que llamearon deslumbrantes con las tintas crepusculares, llenando el salón

de anaranjados destellos. El invisible mundo de los átomos se convirtió en un vórtice de arenillas doradas; el humo, al entrar a los sectores de luz, se desflecaba vertiginosamente, como si en la divina claridad soplara algún duende invisible y travieso...

Pero esta alegría ruidosa y campechana se eclipsa súbitamente con la llegada de una mujer astrosa, que avanza insegura y trágica, poniendo un escalofrío de muerte en la comparsa. Es una vieja borracha que se empina y señala con un dedo huesudo hacia abajo; y plañe con voz temblorosa: «¡Dios mío, qué desgracia! ¡Qué desgracia tan grande! Una niña está muerta. Se rompió el tragaluz y vino a estrellarse frente a mi puerta... Dios mío, qué desgracia tan grande...» Y la vieja se espanta y señala hacia abajo con el dedo huesudo... Todos se levantan enloquecidos; saltan los tramos de la escalera empinada, a largas zancadas de fugitivos; el terror barniza los semblantes de una palidez transparente; el temblor de las grandes catástrofes aletea en las lívidas bocas abiertas... Nadie habla; van todos como resbalando por un abismo... Llegan; se arremolinan atropelladamente; se arrodillan; palpan con espanto, y sollozan al fin ante la irremediable estupidez del destino de convertir un capullo lleno de promesas en un montón de carne destrozada y sangrante... Alma, estaba allí, sobre las losas, inmóvil y horriblemente desfigurada; Alma, el lindo querubín turbulento y decidor; el amor de los amores del anarquista infortunado; Alma, el colibrí encantador

que revolaba en el cielo de su ventura; Alma, que llevaba en los ojos todo el misterio embrujador de los astros y que lucía en la frente todo el luminoso exceso de un plenilunio; Alma, certidumbre radiosa de un prodigio; reflejo de los atavismos combativos del padre; inteligencia despierta que sabía interpretar a los siete años la travesura picaresca de las manolas; la incurable tristeza de nuestras indias y la vaporosa prestancia de una bailarina oriental; Alma, que llevaba en sí toda la energía cósmica de muchas almas, yacía en los granates de su sangre, inanimada y muerta...

El anarquista, embrutecido por el dolor, abrazó a su hija y subió las escaleras lentamente, estrechando, hasta hacerla sangrar más copiosamente, a la carne de su carne, a los restos adorados de su espíritu. Subía los peldaños, con esa espantosa serenidad con que suelen revestirse los condenados a muerte. Iba con su carga ensangrentada, bebiéndose las lágrimas y pisándose el corazón; dejando las entrañas regadas, como los caballos del circo taurino. Cada mirada que echaba sobre su Alma era un reproche para la crueldad de Dios. Todos sus cariños estaban muertos, todas sus ilusiones destrozadas; toda su vida rota, como el cristal, traidoramente frágil, que había producido la muerte de la Gracia hecha carne...

Entre las ruinas de la casona, Alma sigue siendo la golondrina del recuerdo, que anuncia, tal vez, la primavera del retorno. Su dormitorio está esperándo-

la. En su camita una muñeca sonríe, como si hablara con ella. En los muros de su alero se multiplica su imagen. En un rincón del estrado hay un altar y en él se aglomeran todos los objetos que tocaron sus manecitas de ángel: los dibujos que hizo en la escuela; los libros de texto en los que deletreaba; los trajecitos que se ponía; los zapatitos que agujereaba; los pocillitos en que bebía; los cuchillitos con que cortaba; los juguetitos con que reía y los patines en que rodaba... Todo, todo lo que fue de ella está allí, y quién sabe si, cuando se canse de vagar por las estrellas y por los mundos lejanos, llegue su almita blanca a jugar a su casa de muñecas, a rodar sus pelotas y sus cochecitos y a platicar y sonreír con sus Caperucitas y sus Cenicientas de porcelana y de cristal...

INDICE

RESONANCIAS EFIMERAS

Págs.

Ofrenda 5
Proemio 9
Tríptico 15

VUELO DE CAMPANAS

Elogio del libro 25
Los héroes 29
Salvador Díaz Mirón 35
El cantor de Chapala 41
Julia Marta 47
El gallo pitagórico 49
Julio Ruelas 55

GAJOS DE LAUREL

Darwin y su viaje a Sudamérica 61
Juana de Ibarbourou 67
El hospital y los genios 73
Gregorio Martínez Sierra 79
Los apóstrofes de Papini 83

CASCABELES DE PLATA

Chapultepec 91
Las moliendas de mi tierra 97

Págs.

Lohengrín 103

ROMERÍA SENTIMENTAL

Juventud, divino tesoro 113
La Tía Cecilia 121
Heroísmos anónimos 131
Tarde de invierno con sol de verano 139
Claudio 147
Visiones del Norte 159
Avernus 165
Alma 175

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00054535430